

**PEQUEÑO LÉXICO
DEL MILITANTE
EUROPEO**

1. AMERICANISMO

Forma dominante de la desculturización occidental encarnada en su principal centro irradiador, la sociedad nación de los Estados Unidos.

El americanismo constituye aquello que de más occidental existe en la cultura de masas de la civilización denominada así por el hecho de la posición central de los Estados Unidos en tanto que modelo de la sociedad mercantil, en tanto que representantes privilegiados del igualitarismo, del biblismo y, finalmente, en tanto que potencia exportadora de unos hábitos a los que podemos calificar de neoprimitivos.

Americanismo no significa modernidad entendida como futurismo. Entre sus numerosos elementos constitutivos podemos destacar: el dominio lingüístico anglo-americano, la difusión homogeneizante, moda, etc., de origen y, sobre todo, de “estilo” americano (americanomorfos más que americanos); el alineamiento de los sistemas educativos, las técnicas de medios de prensa, de gestión y de comunicación, así como de lo imaginario y de los mitos sociales sobre la sociedad americana. La progresión del americanismo se realiza sobre todo mediante un sistema en el que entran las modas culturales y el consumo de productos o la adopción de hábitos unidos a esas modas (“complejo económico.cultural”). La crítica de la americanización de las culturas, americanización que entraña para los pueblos la pérdida de su independencia económica y política, es un vector ideológico particularmente fructífero –uno de los temas sobre los cuales pueden encontrarse una nueva derecha y una nueva izquierda.

2. ARISTOCRACIA

Gobierno del pueblo por sus mejores elementos o bien categoría del pueblo, que en modo alguno hay que confundir con una clase económica, que manifiesta en el más alto grado las cualidades éticas, espirituales, antropológicas, psicológicas e intelectuales propias de ese pueblo, la aristocracia es, de hecho, “la esencia del pueblo”.

Toda sociedad posee una elite. La elite sólo designa de hecho a aquellos que están en posición dominante, sin hacer referencia a los valores –o haciendo referencia a valores que son para nosotros negativos-. Así, hoy, los criterios de selección de las elites están determinados por los valores del burguesismo –interés, posición económica, poder financiero, capacidades demagógicas- o de la tecnocracia –saber puramente técnico, manipulación de los aparatos institucionales. Inversamente, los valores aristocráticos que por otra parte integran el saber técnico y las jerarquías económicas, insisten ante todo sobre el carácter, la ejemplaridad y el mando entendido como servicio. La aristocracia no es una “nobleza” en forma de casta sino que es parte integrante de la comunidad popular que anima e inspira; sus obligaciones son la medida de sus privilegios. La civilización igualitaria no ha matado las aristocracias: estas son virtuales, ya que un pueblo siempre las crea biológicamente. A nosotros nos corresponde crear las condiciones para la realización de ese potencial. Nuestra comunidad debe constituir por sí misma el embrión de una futura aristocracia popular. De aquí las grandes exigencias que debemos imponernos a nosotros mismos. Hay que tener en cuenta que el mayor riesgo que corre toda aristocracia es el de degenerar en casta nobiliaria. Esto ha ocurrido frecuentemente en el curso de la historia (ejemplos de la república romana o del Ancient Régime agonizante).

3. AUTARQUÍA

régimen económico en el cual los intercambios de un espacio económico con el exterior están limitados, sobre todo la importación, de forma que le confiera una independencia política y, permita proteger el desarrollo de las industrias propias.

Sabiamente regulada, la autarquía ha sido practicada por todas las potencias industriales nacientes, sobre todo bajo la forma de autarquía sectorial necesaria para promover el impulso de un “sector” industrial preciso. Hoy, ante el completo fracaso del librecambismo económico y del sistema monetario internacional, cada vez mayor número de economistas con los que estamos plenamente de acuerdo preconizan la construcción de regiones económicas de desarrollo autocentrado o lo que es lo mismo “autarquía de expansión” organizada sobre grandes espacios homogéneos política y culturalmente; esta es una respuesta a la desculturación y a la crisis económica del sistema occidental. Algunos subcontinentes del Tercer Mundo, así como Europa, podrían adoptar este sistema, por otra parte cada vez más compatible con el estado actual de las técnicas energéticas (energías autoproducidas); por otra parte, está demostrado que sólo la solución del desarrollo autocentrado podría combatir el colonialismo de la economía de libre cambio. La autarquía de expansión es un instrumento privilegiado en la construcción de un equilibrio de los grandes bloques geopolíticos. Es la única forma de cuestionar seriamente el dominio actual del mundo creado en Yalta por las superpotencias y variado por los recientes acontecimientos a raíz del derrumbe del bloque del este.

4. BIENESTAR

Versión laicizada por las ideologías occidentales del ideal cristiano de la beatitud entendido como felicidad pasiva; el bienestar es una de las finalidades principales de la sociedad mercantil.

Descansa sobre la definición universalista de las necesidades económicas y sociales que serían comunes a todos los humanos. Aún cuando legítimo como fin secundario de lo político, el “bienestar económico individual” se ha convertido, dentro de una perspectiva reduccionista, en la finalidad central de los “Estados Providencia” contemporáneos en detrimento de las dimensiones históricas, políticas y culturales de la vida de los pueblos. Contribuye a domesticar a estos en el consumismo y a transformarlos conforme a las doctrinas del progreso y del desarrollo en masas de individuos-consumidores cuya única aspiración legítima debe ser la satisfacción de necesidades materiales definidas a priori y planteadas como derechos (los “derechos humanos”). Hay que plantearse seriamente si el bienestar a causa de su “tibieza mortal” no es el mayor peligro que amenaza a los pueblos al incitarles a reanunciar a su papel histórico” el bienestar es el “peligro suizo”.

5. BIOLOGÍA

Conjunto de ciencias de la vida y de sus mecanismos microcelulares de transmisión de la información y de evolución. La biología ha venido a contradecir muchos de los axiomas de la concepción del mundo igualitaria.

La biología ha corroborado la idea intuitiva que las cosmogonías indoeuropeas se hacían de la vida (vitalismo trágico contrapuestos a las concepciones surgidas del judeocristianismo). La vida es conflicto ya que la selección inter e intra específica funda el devenir de las especies así como el destino de los potenciales genéticos; la vida es jerarquizante, tendente a la complejidad (neguentrópica) a la inversa de la convergencia entrópica –retorno al caos- que caracteriza a la materia inanimada en constante pérdida de energía: justo al contrario de la teleonomía judeocristiana. La vida es evolutiva según un esquema no lineal; sus fenómenos están marcados por lo aleatorio, el esquema desafío/respuesta, la polaridad herencia/mutación que corresponde al binomio tradición/innovación, es decir, conservación selectiva de informaciones y tentativas de introducir nuevas informaciones. Resumiendo, la visión de una naturaleza aleatoria, no racional, evolutiva y de un tiempo esférica (esfera en expansión) y no lineal/segmentario corrobora la tradición indoeuropea del devenir.

Además la biología puede no obstante ser asociada a la sociología y a la historia, así como a las ciencias políticas y económicas lo que por otra parte rechazan siempre las ideologías dominantes, en exceso mecanicistas: en efecto, la evolución de las culturas así como el funcionamiento de las sociedades o el desarrollo de la historia siguen procesos metabólicos (ver ORGÁNICO y CULTURA). Es por ello por lo que debemos integrar la biología adoptando una percepción globalizante (holista) del hecho humano en el análisis social y político (biopolítica). Por ejemplo, la sociedad mercantil puede ser denunciada como una patología de la domesticación biológica y la civilización occidental como una patología de la homogeneización biológica de la humanidad. La divergencia cultural puede ser descrita como un imperativo biológico (un hecho biocultural). La voluntad de incluir la dimensión biológica en nuestro análisis de los fenómenos y nuestra visión del mundo se acompaña evidentemente de un claro rechazo de todo reduccionismo biológico.

6. BURGUESISMO

Mentalidad característica de la burguesía extendida al conjunto de la sociedad moderna independientemente de las clases sociales. El burguesismo dibuja los rasgos (desde nuestro punto de vista negativos) del espíritu burgués desde el momento en que se hacen universales, sin vincularse a aquellos otros rasgos positivos de la “burguesía emprendedora”, que se opone tanto al espíritu popular como al aristocrático, domina la sociedad mercantil y la civilización occidental: moral del interés, búsqueda individualista del bienestar inmediato, reducción del linaje a la herencia material, espíritu de cálculo, concepción de la existencia como negocio, preservación parsimoniosa de la vida, rechazo del riesgo y del azar, espíritu de empresa limitado al acrecentamiento de riqueza, deseo de seguridad, tendencias cosmopolitas, indiferencia respecto de los vínculos y enraizamientos y de la solidaridad con su propio pueblo, desvinculación con respecto a todo sentimiento religioso de naturaleza colectiva, completa ignorancia de lo sagrado. El burguesismo caracteriza hoy, más allá de las etiquetas de “derecha” o de “izquierda”, a la mayor parte de la sociedad oesteuropea.

7. CRISTIANISMO

Producto de la concepción del mundo judeocristiana, el cristianismo, bajo sus diferentes formas es una religión que se ha laicizado en primer lugar en ideologías y posteriormente en comportamientos sociales antes de retornar hoy a su matriz judeocristiana y actuar bajo forma secular.

El cristianismo religioso ya no es dominante. Por otra parte, en razón de su dualismo original (creador separado de las criaturas y desprecio de lo real y de la naturaleza), el cristianismo era una expresión imperfecta de lo sagrado y portaba en germen el nihilismo y el ateísmo. El cristianismo que se ha expresado históricamente en Europa, en la fe popular, en la teología o en las artes no era “cristiano” sino el resultado de un sincretismo con el paganismo. Paradójicamente es este último el responsable de aquello que hay de “más religioso” en la expresión mística o cultural de la fe. El catolicismo, sobre todo en sus ritos, en su panteón, en sus artes, en su ideología social – por ejemplo en la Europa medieval- expresa más un psiquismo pagano que cristiano. Europa en este sentido sólo ha sido cristianizada tardíamente: sobre todo en el momento de la Reforma y la Contrarreforma (siglos XVI y XVII) y tras la laicización del cristianismo en moral evangélica secular dentro de las ideologías igualitarias. Actualmente en decadencia como ritual ortopráxico y sistema de creencias, el cristianismo se distingue poco del judeocristianismo. Cristianos, liberales, marxistas y otros herederos de la conciencia cristianomofra se reagrupan alrededor del evangelio laico de la filosofía de los derechos humanos, expresión sintética de la ideología occidental y legitimación del individualismo mercantil, para designar al enemigo común: el renacimiento pagano en el mundo moderno.

8. CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL

Civilización mundial fundada sobre la desculturación de todos los pueblos y la eliminación de la noción de comunidad popular (etnocidio) que aspira a establecer un modo de vida y una ideología planetaria, universalizando el modelo de la sociedad mercantil occidental, de su igualitarismo, de su reduccionismo economicista y de la filosofía de los derechos humanos del hombre.

En otros tiempos prolongación natural de Europa, la civilización occidental vuelve contra sí misma y puede serle funesta. Convertida en sistema tiene su centro impulsor en los Estados Unidos, sustituida cada vez más por los otros países industriales que vehiculan el americanismo (u otra cultura “americanomorfa”) cultural o/y económica. Unida al desarrollo de un mercado mundial es igualmente sustentada tanto por los regímenes liberales tanto como por los socialdemócratas, compatibles con los estados providencia y el social-estatalismo, se inscribe en el desarrollo de un nuevo capitalismo transnacional, tecnocrático y no patrimonial.

La oposición entre el este y el oeste, entre Occidente y el sistema soviético, corresponde parcialmente a una connivencia geopolítica, un conflicto-cooperación destinado a impedir la emergencia de las voluntades nacionales y sobre todo de la potencia europea comprendida como una amenaza para los bloques. Factor de fin de la historia, la civilización occidental debe dejar de ser defendida por las conciencias europeas evolucionadas. Debe incluso aparecer como el principal obstáculo para una toma de conciencia que deberá permitir a los pueblos europeos reencontrar su identidad y asumir su destino.

9. COMUNIDAD

Grupo humano cuyos vínculos internos de carácter global y orgánico están estructurados por el sentimiento de una pertenencia común, de una herencia y de un deseo de vida colectiva por oposición a los vínculos contractuales, individuales e interesados que rigen la “sociedad”.

La comunidad es etológicamente el modo de agrupación humano más natural pero también aquél que permite de la mejor forma posible la expresión de una cultura. Por ser homogénea sobre el plano etnocultural la comunidad preexiste a sus propias formas de organización, a la inversa que la sociedad; pero no existe jamás en estado puro y por ello mismo incluye relaciones societarias. Se hablará pues de un modelo (y no de utopía) comunitario. Ese modelo, que puede ir de la nación (comunidad del pueblo) a la familia, pasando por la cofradía (comunidad de fe), el ejército (comunidad de combate), la empresa (comunidad de trabajo), se opone radicalmente a los modelos sociales de las ideologías dominantes marcados por el individualismo y el igualitarismo unilaterales propios a la doctrina del contrato social. En el modelo comunitario las relaciones humanas son pluridimensionales y organizadas según una estructura holista: la comunidad es a la vez afectiva, racional, jerarquizada, plurifuncional; tiene una historia y un destino y no se limita al presente. Su ser trasciende las existencias individuales y les da un sentido, la noción de servicio comunitario que ha tentado siempre a las doctrinas de la izquierda menos dogmáticas constituye una respuesta apropiada al nihilismo creciente de la sociedad mercantil.

10. CONCEPCIÓN DEL MUNDO

Conjunto de valores, de ideas, de ideales y de interpretaciones de lo real federadas y organizadas por un sentido, implícitos y explícitos, afectivos e intelectuales propios a una comunidad, a un pueblo, a un sistema ideológico o religioso.

Más allá del vocablo de visión del mundo que dibuja más bien el aspecto afectivo e intuitivo, la visión del mundo forma desde nuestro punto de vista el basamento de las culturas y de las formas de civilización. Como lugar en el que actúa el inconsciente colectivo, la concepción del mundo está directamente influenciada por la biología y la antropología del grupo que la porta y constituye para nosotros la verdadera infraestructura de las instituciones, de la política, de la economía, etc. (y no a la inversa como ocurre en los esquemas marxistas o liberales donde es percibida sólo como una superestructura). Una misma concepción del mundo puede dar lugar a diferentes ideologías que pueden oponerse, pero que son la expresión del mismo proyecto histórico y social. La concepción del mundo permite pues hacer luz sobre el parentesco fundamental de las ideologías occidentales, en apariencia antagónicas pero cuyos postulados (ver INDIVIDUALISMO e IGUALITARISMO) son comunes.

Dos concepciones del mundo nos parecen enfrentarse en nuestro mundo desde hace dos mil años: la una cristianomorfa, es decir, centrada en torno a la sensibilidad y enseñanzas del judeocristianismo, ha dado lugar a todas las ideologías igualitarias hoy dominantes; la otra, de origen indoeuropeo y de sensibilidad pagana, aún cuando política e históricamente censurada, se ha expresado constantemente en la cultura, la filosofía y el arte europeos. Con Nietzsche ha accedido a tener una formulación

consciente. Nosotros somos hoy sus representantes aún cuando no podemos pretender detentar su monopolio ya que ella está presente en el inconsciente colectivo. Ahora bien, nuestro papel es el de ser la “encarnación modelo” y extraer de ella ideologías (que eventualmente podrán un día oponerse o completarse) y formas de cultura. En este fin de siglo la fuerza y la suerte de esta concepción del mundo es su adaptación a la modernidad y al espíritu científico que por otra parte ha contribuido poderosamente a forjar.

11. CULTURA

Específica de lo humano, la cultura, parte integrante de la naturaleza fisiológica del hombre, es la clave a través de la cual podemos interpretar el mundo liberados de todo comportamiento programado (neotenia). Cada grupo, cada pueblo, ha construido de este modo una cultura específica en función de su herencia y de su medio.

El hombre está biológicamente programado para añadir a sus comportamientos innatos otros comportamientos culturales. La cultura es, pues, al igual que el potencial genético, susceptible de selección y de evolución. La historia caracteriza precisamente el movimiento evolutivo de una cultura. El término civilización designa el aspecto exterior, material de la cultura; esta última se refiere pues tanto al lenguaje como a las artes y a la ideología cada vez más compleja. La humanidad tiene biológicamente necesidad de culturas diferentes y divergentes. Por otra parte, cada grupo étnico está adaptado, conformado por y para su propia cultura, incluso si ella evoluciona. De aquí el peligro de aculturación (adopción del conjunto de una cultura extranjera); y la evidencia del error igualmente grave, de oponer cultura (adquirida) y naturaleza biológica (innata): la biología heredera de un grupo y su cultura recibida están, efectivamente, en constante interacción. Las culturas pueden influenciarse mutuamente continuando fieles a sí mismas. Pero fundiéndose en la misma cultura única, como hoy, la humanidad está amenazada de regresión hacia un nuevo primitivismo, es decir, involucionaría. Para nosotros, defender y promover una cultura europea específica, no es reivindicar algo “superfluo” u “ornamental” sino que por el contrario de lo que se trata es de intentar conservar lo esencial de nuestra identidad. Sustraído de su propia cultura un hombre no es él mismo: peor aún, pierde incluso una parte de su humanidad. Es precisamente sobre el terreno de lo cultural donde se juega hoy el futuro de los pueblos de Europa. Esta es la razón por la que hemos decidido combatir en este campo de batalla.

12. DEMOCRACIA

Modelo de organización política y social fundada sobre la representación igualitaria e individual de los miembros de una población y sobre la definición de la soberanía como servicio de las necesidades de las masas.

Las democracias modernas aparecidas en el siglo XVIII bajo el impulso de la ideología de las luces y de las doctrinas del contrato social, operan a la vez una secularización del individualismo igualitario propio del judeocristianismo y una aplicación sobre el conjunto de la sociedad del modelo del *homo oeconomicus* racional y calculador. En este sentido, atomizan a las sociedades (ver al respecto los puntos correspondientes a derechos del hombre, sociedad mercantil y liberalismo). Las democracias actuales, cuyo modelo representa los Estados Unidos, no tienen nada que

ver con el modelo democrático original escandinavo germánico, helénico o romano que estaba fundado sobre la participación de los clanes (demoi) en el poder. El democratismo actual se extiende a todas las esferas de la sociedad: por ejemplo, el feminismo, la “democracia sexual” que impone a todos un deber higienista de orgasmo que es también un “derecho universal”, etc., son avatares de la mentalidad democrática.

A pesar de que el régimen jurídico de la democracia sea uno de los principios universales del derecho internacional actual, y a este respecto desculturizador y etnocéntrico (ver civilización occidental), la democracia está hoy en crisis: ha dado lugar a la tecnocracia, pierde su legitimidad moral y no está exenta de totalitarismo. Esta es la razón por la cual el oponerse a la democracia occidental será percibido cada vez menos como una cínica apología de las tiranías; es necesario realizar una crítica de la democracia sobre todo bajo la forma de una denuncia de la “opresión democrática” la democracia orgánica (opuesta a la democracia individualista y masificante), que supone e incluye el principio de jerarquía funcional, sólo podrá existir en una comunidad del pueblo que haya reencontrado el sentido de su destino histórico.

13. DESINSTALACIÓN

Capacidad –fundada sobre la curiosidad, el espíritu de aventura y de conquista- de salir del propio marco de vida siendo a la vez fiel a sí mismo y a la propia herencia.

El espíritu burgués es cosmopolita y al mismo tiempo instalado; el espíritu aristocrático, por el contrario, es enraizado y desinstalado. Los borosos de África están a la vez instalados y enraizados. La desinstalación ha sido la marca fáustica de las culturas históricas europeas. Conquistas, descubrimientos científicos, avances técnicos sobre la naturaleza, grandes aventuras individuales y colectivas de los descubridores y conquistadores proceden de la desinstalación. Sin ella el enraizamiento se convierte en automarginación y fin de la historia (el espíritu del petenismo de Vichy –el retorno a la tierra que no “miente”, “la Francia sola”-, muy influenciado por una derecha cristiana y reaccionaria, es una buena ilustración de la ideología de la renuncia y del masoquismo culpabilizador justificado por el enraizamiento).

Ver al respecto los epígrafes referentes a ENRAIZAMIENTO, COMUNIDAD y NATURALEZA, entre otros. Relacionados también con estos se hayan los de TRIPARTICIÓN, PUEBLO, NACIÓN y ORGANICISMO.

14. ECONOMICISMO

Reducción a la economía de las finalidades sociales y de los fines de lo político, característico de las ideologías occidentales. El economicismo que en sus inicios proviene del liberalismo clásico (siglos XVII y XVIII) ha sido retomado por todas las doctrinas socialistas. En la óptica economicista la historia es explicada ante todo a través del régimen económico considerado como infraestructura de las civilizaciones. Las funciones sociales desaparecen en provecho de las clases económicas. Un “buen” sistema económico debe entrañar el progreso en todos los demás ámbitos (ver REDUCCIONISMO).

Individualista, el economicismo nos define al hombre como *homo oeconomicus* a la búsqueda de la maximalización calculada de su bienestar económico. Verdadero monoteísmo de la economía con acentos totalitarios, el economicismo es

compatible también con una economía estatalizada (estatalismo, social-estatalismo) en la cual el Estado omnipresente se convierte en gestor de la soberanía en detrimento de sus otras funciones (ver SOBERANÍA) así como con las doctrinas liberales puras del “antiestado” en las cuales sólo subsiste una sociedad reducida al papel de un mero mercado. La civilización occidental, al igual que la filosofía de los derechos del hombre, nutre un proyecto economicista visible en la doctrina progresista del desarrollo. Pero como vemos hoy, el economicismo no desarrolla una “buena economía” ni el “desarrollo” deseado. La respuesta al economicismo no es la antieconomía sino la concepción funcional y orgánica de la economía considerada como un instrumento de poder y de prosperidad al servicio de los valores no económicos y no como una finalidad en sí misma. (ver AUTARQUÍA).

15. IGUALITARISMO

Posición de principio de tipo axiomático característico de todas las ideologías occidentales, heredada de la moral judeocristiana y considerada hoy como proyecto de sociedad según el cual todos los hombres serían por esencia iguales dentro de una equivalencia absoluta.

El igualitarismo es un derivado del igualitarismo cristiano. El judeocristianismo plantea de partida la igualdad de los hombres ante Dios, como iguales son los “granos de arena” insignificantes ante la ley divina. Diferencias y pertenencias son relegadas al rango de realidades provisionales, elementos de un aquí abajo efímero y despreciable. A partir de los siglos XVII y XVIII las doctrinas sociales van a secularizar esta igualdad teológica y a convertirla en igualdad de derechos frente a un estado nivelador; a partir del siglo XIX se exigirá la igualdad de los resultados. El igualitarismo social desemboca hoy en el anonimato de las sociedades de masas y legitima de hecho las desigualdades económicas. Como falsa justicia, el igualitarismo contradice de hecho la igualdad de oportunidades; nivela y homogeniza el medio social sin cambiar nada de la naturaleza desigual de la condición humana. La noción de igualdad, por el contrario, nos parece admisible en plural como un valor situado sobre una escala jerárquica de otros valores dependientes de las circunstancias. La equidad social no pasa por el igualitarismo que nivela (osifica y robotiza) a los hombres, sino por la organización de igualdades y desigualdades conformes con la realidad. De este modo en el ámbito de la enseñanza del estado debe asegurar una real igualdad de oportunidades para permitir de este modo una fructífera desigualdad de los resultados finales.

16. ELITE

Categoría social “dirigente” en el sentido más amplio de la palabra, sin prejuzgar su legitimidad. El elitismo designa a toda doctrina que reserva a una “elite” el monopolio de una detentación, de una consumación, de una producción, de una situación, etc...

Elite y elitismo son dos términos neutros. Todo grupo humano, sea cual sea, está provisto de una elite y aplica a cualquier nivel, parcialmente o no, conscientemente o no, explícitamente o no, el elitismo. El problema que se plantea es el de la legitimación de la elite. La etología humana nos enseña que la jerarquización de las sociedades genera elites. Las sociedades igualitarias aplican el elitismo rechazándolo

sobre el plano teórico: de aquí las esquizofrenias sociales. Por otra parte, influenciadas por el economicismo liberal o marxista, reducen la elite a las clases socioeconómicas (ver BURGUESISMO). La sociedad contemporánea manifiesta, por otra parte, una cierta reticencia a una indispensable circulación de las elites por el hecho no sólo de este economicismo sino también de una mayor racionalización de los procesos de selección social. La democratización ralentiza la promoción social del mismo modo que la cultura de masas resultante impide el reclutamiento de las elites populares virtuales. Nosotros nos pronunciamos por una igualdad de oportunidades y una meritocracia y por un reagrupamiento de la elite con la aristocracia, una aristocracia popular basada sobre la noción de deberes (y no de derechos) y por lo tanto de servicio comunitario. Las elites actuales no nos parece que correspondan a una jerarquía funcional (ver FUNCIÓN) deseable.

17. IMPERIO

Concepción de organización de la política y de la soberanía conforme a principios orgánicos, conciliando a la vez el poder unificante de la función soberana y la diversidad viviente de la sociedad, de la cultura, de la economía y del espacio. El Imperio trasciende y a la vez garantiza las diversidades.

El Imperio es para nosotros a la vez un mito a regenerar y a aplicar a Europa a partir de los ejemplos macedonio, romano y germánico y una filosofía política y geopolítica. Ahora bien, no deseamos hacer una utopía reduciéndola a una descripción institucional o a un programa. Nuestra visión imperial comporta tres ejes:

1.- El imperio unifica alrededor de la primera función de toda sociedad equilibrada, la función soberana, todo aquello que surge de la esencia de lo político y de la conciencia histórica, por lo tanto, del destino; por lo demás, preserva la diversidad de todas las otras funciones institucionales, etc., que no tienen incidencia directa en estos ámbitos. El imperio federa pero no homogeniza, al contrario de la nación.

2.- En segundo lugar, su existencia se justifica por la búsqueda del poder y de la grandeza cultural e histórica de los pueblos que reúne en una comunidad política. Por el contrario, aquello que se deriva del bienestar y de lo “social” es propio de las instituciones de los pueblos pero no de la función imperial.

3.- En tercer lugar, ya que según nosotros está por naturaleza abierto al mundo, presto a jugar un papel a la medida de su potencial y no exclusivo de las otras entidades políticas o culturales, el imperio es universal pero no universalista, pues los pueblos que lo constituyen, al menos en nuestra concepción, no tienen vocación de extenderse a toda la tierra, ni territorial ni étnicamente. En este sentido, el imperio no es republicano en el sentido francés o americano y se distingue del sistema occidental actual que, por el contrario incluye y homogeniza a todos los pueblos. El imperio, según nuestra concepción, no incluye y no asume sino el destino de aquellos que pueden, histórica, étnica y culturalmente, decirse y sentirse partes de la misma comunidad. Pensemos que este sentimiento está históricamente destinado a surgir en Europa, este y oeste unidos/reunificados. Una Europa (la actual) en la cual las “naciones Estado”, en el sentido de las ideologías dominantes, no nos parece legítima. En efecto, a nuestros ojos, sólo una Europa imperial estructurada sobre el entramado de las regiones étnicas nos parece viable y por lo tanto legítima. Históricamente, la noción de imperio ha tenido siempre en contra de ella, por una parte, el poder teocrático y el poder mercantil (ambos completamente cosmopolitas), y por otra parte, el principio del Estado-nación cuya lógica es fundamentalmente secesionista, centralizador, homogeneizante y reductor y

cuyo espíritu excesivamente “providencial” genera el chauvinismo más ridículo. Esta idea imperial queremos hoy asumirla dándole el sentido de movimiento definido por Moeller Van der Bruck.

18. ENRAIZAMIENTO

Como cualidad de hombres y de grupos fieles a sus vínculos y herencias territoriales, culturales e históricas, el enraizamiento se opone al cosmopolitismo de la civilización occidental. Este cosmopolitismo proviene del universalismo cristiano que ha desembocado históricamente sobre el reino conjunto del individuo y de la masa en detrimento de toda pertenencia intermedia. Desde nuestro punto de vista, el dinamismo creador y las obras culturales de carácter mundial sólo pueden estar enraizadas. En una época en la que el mundialismo arrasa las especificidades uniéndolas en un sistema planetario, el enraizamiento constituye una respuesta global a las patologías –sociales, económicas, fisiológicas, culturales, etc.- de una civilización mundial paralizada y enferma. En lo sucesivo hay que desconfiar de las recuperaciones del enraizamiento como inmovilismo museístico, como folklore o como fin de la historia, operadas por las ideologías occidentales. La historia europea se funda, efectivamente, sobre un mundo de enraizamiento que supone conquista y desinstalación.

El enraizamiento, por otra parte, no debe considerarse como algo propio del pasado; su modernidad le es conferida sobre todo por las nuevas tecnologías y los nuevos modelos económicos que insisten sobre el desarrollo autocentrado y las autarquías territoriales. El enraizamiento es pues y ante todo enraizamiento en una cultura. Es una noción dinámica en relación directa con la necesidad de actualización de una herencia.

19. ETNOPLURALISMO

Reconocimiento de la diversidad étnica de la especie humana, de la necesidad biológica y cultural de preservar grupos étnicos diferentes dándoles a cada uno de ellos su valor propio y específico.

Fundado sobre un punto de vista antitotalitario, antiuniversalista y nominalista, el etnopluralismo se opone a la indiferenciación de la civilización occidental. Supone, a la inversa de toda tradición monoteísta, que no exista ningún criterio de comparación universal entre las culturas y los substratos antropológicos de las poblaciones y que la asimilación y la aculturación en un modelo cultural homogéneo y único constituyen factores de etnocidio perjudiciales tanto para los grupos como para la especie entera. El etnopluralismo es la respuesta tanto al racismo de superioridad como al racismo de asimilación. Es la mejor respuesta al proyecto de nivelación mundialista que protagoniza la sociedad mercantil.

20. ETOLOGÍA

Ciencia comparativa de los comportamientos animales y humanos que integran su dimensión biológica y las explica a través de la evolución (filogénesis).

Fundada a comienzos de siglo por Jacob Von Uexchüll y representada entre otros por Konrad Lorenz e Y. Eibl-Eibesfeldt la etología ha venido a arruinar las

concepciones cristianas, igualitarias y ambientalistas de la antropología. Entre sus principales enseñanzas debemos destacar: el hombre es un primate predador dotado de una parte íntegramente animal y de una capacidad de superación de la misma, dotado de una pulsión agresiva, de un sentido territorial, de una especialización jerárquica heredadas del mundo animal y más desarrollado aún en la especie humana que en resto de especies animales. Por otra parte, esas disposiciones son innatas y no adquiridas: el instinto está constituido por una pulsión innata ejecutada a través de un indispensable programa de comportamiento en el cual, la cultura es la encargada de fijar los esquemas (ver HOMBRE, HOMINIDAD, HUMANO).

Nuestra concepción científica y moderna de las “ciencias humanas” nos lleva a relacionar la etología con la politología y la sociología, a diferencia de las tendencias académicas actuales repletas de marxismo que rechazan toda reflexión verdaderamente interdisciplinaria.

21. EUROPA

Tierra sobre la que habita nuestro pueblo, Europa es nuestra patria, es decir, el suelo, el espacio de nuestro enraizamiento, la entidad de la que nosotros hacemos un sujeto de la historia y la cultura que nosotros defendemos y proseguimos. Europa es el valor central de nuestra concepción del mundo.

Hoy, en un mundo planetarizado, Europa puede tomar conciencia de su unidad, el cosmopolitismo occidental, así como la evolución actual del cristianismo la liberan del “occidente cristiano” y la permiten reconocerse en una cultura indoeuropea común, su memoria fundadora más profunda. Las divisiones políticas y económicas de Europa no son un impedimento sino una dificultad, una amenaza y un desafío que es preciso utilizar para esa toma de conciencia y de identidad. Una regeneración, una “nueva fundación” de Europa como acontecimiento histórico comienza por la definición de una concepción del mundo común, cosa en la que nosotros nos hallamos empeñados más allá de toda empresa política (ver METAPOLÍTICA). Europa tiene hoy un interés común con los pueblos del sur enfrentados también a la civilización occidental. El enemigo de Europa es el sistema que realiza su juego (el de los Estados Unidos) colonizándola y dividiéndola para debilitar el poder que constituye virtualmente. Toda empresa que permita la constitución de Europa en un bloque autocentrado tiene nuestro favor. En este sentido formulamos cuatro proposiciones susceptibles de guiar a una reflexión sobre el problema europeo:

1.- El Estado-nación mata toda evolución hacia una unidad europea de tipo imperial. No se puede construir nuestra unidad sino oponiéndose de forma clara y radical a las estructuras liberal-jacobinas. El Estado-nación favorece nuestra división y por lo tanto nuestra posición de inferioridad. Frente a la superpotencia es indispensable realizar nuestra unidad garante de nuestra independencia.

2.- Europa será imperial o no será. El imperio es la forma y la esencia de nuestro devenir histórico. Este concepto es a la vez espiritual y orgánico. Asegura la necesaria cohesión para nuestra defensa, representa un frente unido en nuestras relaciones internacionales. Como concepto orgánico, el imperio respeta las identidades de las cuales se compone Europa simbolizando a la vez su especificidad universal.

3.- El imperio es un compuesto de “regiones étnicas” que, a su nivel, son elementos esenciales de su existencia. En esta óptica los “jóvenes nacionalismos” europeos son movimientos positivos ya que dan a cada pueblo de Europa el sentido de su enraizamiento, de sus raíces culturales. Esas luchas tal y como son llevadas a cabo

por irlandeses, vascos, corsos, bretones, croatas, etc. son tentativas históricas de destrucción de los tejidos del sistema occidental. Conjugados con una ideología imperial europea son las vanguardias de nuestra unidad.

4.- El imperio europeo será el marco histórico de los pueblos regiones o regiones étnicas cuyos contornos se dibujan hoy. Conviene que los partidarios de este proyecto altamente tradicional sean conscientes de la estrategia a seguir.

22. EVOLUCIÓN

La evolución o filogénesis designa según los descubrimientos del darwinismo, la metamorfosis compleja de las especies y la aparición de otras nuevas provocadas por la doble presión de las mutaciones genéticas y de la selección.

La evolución no es lineal ni teleonómica, es decir, orientada hacia una finalidad concreta. Puede compararse a una esfera en expansión en todas las direcciones según los azares y los aleas de los patrimonios genéticos y del medio. Parece obedecer a una cooperación de principios dionisiacos –fulguración de las mutaciones y de los nacimientos de formas nuevas- y apolíneos –selección y organización de las formas. El evolucionismo corrobora las cosmologías indoeuropeas que son una traducción imaginada, poética y mítica. La evolución no deja aparecer ninguna razón, es peligrosa, derrochadora, dionisiaca, no conoce ni la fatiga ni la desesperanza; no se “suicida” jamás, teniendo siempre una respuesta para cada pregunta. La evolución cultural como la evolución filogenética proceden por acumulación de informaciones y por lo tanto de “programas de acción” posibles; es la neguentropía, principio inverso de la pérdida de energía y de la homogeneización de la información que rige la materia inanimada (entropía). A la acumulación de informaciones que heredamos de la evolución, la cultura añade un patrimonio adquirido pero que puede perderse (domesticación). La evolución es la clave de la vida; esta constatación está en la base de nuestra visión del mundo.

23. FUNCIÓN

Género y tipo de actividad necesario para la vida de un grupo, presente en todos los niveles de su jerarquía, y orgánicamente insertada en el “todo” formado por las otras funciones.

La tripartición indoeuropea, como las instituciones de una sociedad orgánica, como los modelos sociales que rechazan a la sociedad mercantil y a las filosofías sociales mecanicistas y economicistas del liberalismo o del marxismo, se refiere a las funciones más que a las clases o a las categorías económicas. Los conjuntos humanos son considerados como conjuntos vivientes (ver HOLISMO) plurifuncionales; por una parte cada función se encuentra representada en el seno de cada “especialidad”: existe, por ejemplo, según las circunstancias una “función política” o una “función mercantil” de la industria o de las exportaciones; la función soberana puede estar presente tanto en la cima del Estado como en sus cuerpos intermedios. En segundo lugar, pensamos que la función soberana debe dominar a las otras e insuflarle sus valores. En consecuencia, la función no debe confundirse ni con las instituciones ni con las clases; el punto de vista funcionalista no niega en modo alguno las realidades y la importancia de estas últimas, pero subordina todos estos elementos racionales, económicos o profesionales

de la sociedad a la idea de función. El individuo encuentra la justificación de su vida en razón de la función que ocupa en el seno de la comunidad.

24. GEOPOLÍTICA

En tanto que teoría, la geopolítica constituye la rama de la ciencia política que estudia las complejas relaciones existentes entre las categorías de los fenómenos derivados de lo político y la multiplicidad de las configuraciones espaciales de la superficie terrestre. En otras palabras, es un método que busca el establecer la parte activa que ocupa la geografía en la determinación de los acontecimientos políticos e históricos mundiales. En tanto que práctica, inspira la estrategia política de las potencias aplicada al dominio del espacio continental y oceánico.

Condenada, denigrada tras la II Guerra Mundial por haber justificado las empresas militares del III Reich, la geopolítica vuelve a ocupar hoy día con fuerza su lugar en el ámbito de la reflexión política. Jamás había dejado –bajo mano- de ser una ciencia actual. Aún más, son sus mismos principios los que permitieron a las superpotencias construir su hegemonía y triunfar en 1945. El más fundamental de estos principios plantea la estrecha relación existente entre espacio y poder. Del mismo modo, el último gran conflicto opuso de hecho a pueblos pobres en espacio –las potencias del Eje- a inmensos imperios territoriales y marítimos –la URSS y los EE.UU., estos últimos tomando el relevo de una Gran Bretaña en decadencia- que velaban por el control de vastos espacios y reforzar de este modo una hegemonía contestada por sus adversarios.

De este modo, desde el inicio del siglo XIX, la unión de las trece colonias rebeladas contra el imperio británico se asigna claramente como fin el completo dominio del continente americano –al precio del exterminio de los pieles rojas y de una política de conquista contra ingleses, franceses, españoles, mexicanos, etc., que culmina con la guerra de secesión- a fin de construir un bastión inexpugnable, una thalassocracia mundial cuyo máximo exponente teórico fue Alfred T. Mahan: la doctrina de Monroe (“América para los americanos”, 1823: un modelo de análisis geopolítico. ¿Para cuándo una Europa para los europeos?) fue ante todo una declaración de guerra a Europa, guerra cuyo último acto decisivo se realiza con la invasión de 1944, premeditada desde hacía tiempo. en cuanto al imperio ruso, su expansionismo secular se resume en dos series fechadas. Hasta 1667 la frontera de Europa (Polonia) se encontraba a 220 kilómetros de Moscú; en 1945 el ejército rojo se halla a menos de 600 kilómetros de París. En 278 años la marea rusa ha reducido en más de tres cuartas partes la distancia Moscú-París (2500 kilómetros). Ahora, desde 1462 el imperio moscovita se ha ampliado en una media de más de 130 kilómetros cuadrados por día.

Por lo tanto, para cuestionar las enseñanzas de la geopolítica y, en primer lugar, la importancia primordial de la dimensión espacial hay que estar ciego o tener muy mala fe, -como en el caso de las oligarquías empresariales y profesionales que pretenden gobernarnos recibiendo sus órdenes desde Washington y que obedecen a una lógica occidental, mostrándose siempre prestos al abandono cuando se trata de defender posesiones o intereses europeos en el mundo. En el momento presente, a los ojos del observador despierto, los cansados y desfasados slogans de las ideologías occidentales, tales como “el internacionalismo proletario” o el catecismo de “los derechos humanos” ocultan cada vez peor estos omnipresentes aguijones de la política mundial que son el deseo de hegemonía y la voluntad de controlar posiciones estratégicas. Pues sean cuales sean los pretextos invocados, la política de las potencias incluye siempre la lucha por el

espacio que hay que conquistar, conservar, explotar y si ello es posible, no ceder jamás. La razón evidente es que el espacio constituye el soporte, el teatro de todas las acciones humanas, que condiciona el destino de los pueblos –por sus dimensiones, sus recursos, su conformación y su situación- y que, por decirlo de otro modo, es la base misma de la vida. Sin olvidar que al ser la historia el lugar de lo inesperado por excelencia permite que el espacio constituya la única grandeza fija y previsible en la ecuación de la política mundial. No obstante, y llegados a este punto, se impone una observación. Efectivamente, si bien el importante papel del factor espacial merece ser esclarecido, no hay por ello razón para caer en la trampa reduccionista del determinismo geográfico al modo de un cierto dogmatismo frecuente entre los primeros geopolíticos. En la materia que nos ocupa no pueden haber absolutos: el mismo término de “geopolítica” nos conduce a la idea de una combinación activa de factores geográficos y políticos, -es decir, humanos- en permanente interacción. Ahora bien, la diversidad, el número, la talla de los fenómenos de orden geográfico son infinitos y sus configuraciones espaciales que varían a menudo con el tiempo, se superponen sin coincidir jamás. Por otra parte, el hombre por el hecho mismo de su “programa abierto” de comportamiento de su variabilidad cultural, se acomoda a los parámetros de la geografía de muy diversos modos. Las elecciones dependen de la cultura, ideología y nivel tecnológico de los grupos humanos. Los agentes físicos, climáticos, geológicos, etc., no bastan para explicar el desarrollo de la historia, sino que tan solo imponen un marco más o menos restringido. La realidad es mucho más compleja y un idéntico contexto geográfico puede inducir a soluciones geopolíticas muy diferentes, incluso inversas.

Ejemplo: Europa. En la actualidad, su posición en el centro del hemisferio más rico en tierras emergidas implica al menos dos posibilidades: 1) Dividida y débil se convierte en un peón de los imperios periféricos; es el caso presente. 2) Unida y fuerte podría afirmarse como la primera potencia mundial. Ser o no ser: la diferencia radica en el grado de conciencia y de voluntad de los europeos a los que debemos convencer. En una palabra, el espíritu ordena y dispone allí donde la naturaleza propone, de tal forma que la geopolítica invita a una visión posibilista de la historia más que determinista. Y es justamente por esta razón por lo que el combate de las ideas guarda hoy toda su importancia, pues toda política que comprenda a los hombres y al espacio que estos quieran ocupar (geoestrategia y psicoestrategia) son sólo aspectos de una misma realidad.

Concebida y desarrollada desde el último fin de siglo por hombres como Ratzel, Reclus, Kjellern, McKinder y Haushofer (aún cuando tanto griegos como romanos no hayan ignorado algunas de sus premisas), la geopolítica conoce hoy un nuevo hábito de vitalidad y esto en contradicción las ideologías mundialistas y universalistas. Efectivamente, hacer geopolítica es admitir implícitamente que los pueblos luchan por la posesión del espacio (imperativo territorial). Actualmente se asiste a una amplificación de este conflicto; lucha por el control de las materias primas, por el control de las vías marítimas, por los espacios económicos cerrados, etc. La práctica geopolítica de los estados así como el reciente éxito de esta disciplina, cuyos presupuestos corroboran nuestra visión del mundo y las relaciones internacionales, atestiguan un fracaso del proyecto liberal de pacificación y homogeneización de la tierra. Las grandes tendencias de los movimientos geopolíticos contemporáneos son: conciencia de la solidaridad continental en el Tercer Mundo, oposición creciente este-oeste y divergencia de intereses entre la “solidaridad atlántica” y de la homogeneidad occidental.

La geopolítica permite replantear los conjuntos humanos como “bloques etnopolíticos territoriales”. La unidad geopolítica de Europa se opone directamente al

condominio entre soviéticos y americanos, al cual ha debido de someterse hasta fecha reciente. Las claves geopolíticas son las decisivas en la historia de las sociedades.

25. HISTORIA

Consecuencia aparecida en el seno de la cultura europea de la emergencia del destino de un pueblo en el tiempo.

La dimensión histórica es específicamente humana, ella es conciencia del tiempo y del espacio. La historicidad y la conciencia histórica son el primer lugar de enfrentamiento entre la concepción del mundo cristianomorfa y la concepción del mundo indoeuropea. Es por el hecho de que ambas acuerdan dar a la historia un alto valor y porque le dan sentidos diametralmente opuestos por lo que esas dos concepciones del mundo se combaten en una “guerra de los dioses” de la que nuestros contemporáneos son a menudo inconscientes pero de la que ha dependido desde hace mucho la continuación –o detención- del destino histórico de los pueblos europeos.

Los antiguos tenían una concepción cíclica de la historia: ni auto superación ni fin de la historia. El judeocristianismo introducía una concepción a la vez dinámica de la historia (dialéctica de la innovación) y teleonómica: la historia es segmentaria y concurre ella misma a su propio fin ya que ella es considerada como una maldición provisionalmente necesaria. Las ideologías occidentales, a partir sobre todo de la razón histórica hegeliana, han retomado ese esquema escatológico (finalista). Sólo hay que ver hasta qué punto el sistema occidental aspira en nuestros días a fijar la historia en una cultura planetaria estable. En lo que se refiere a nosotros proponemos una nueva filosofía de la historia “sobrehumanista” y “fáustica”, postcristiana en cuanto que responde al desafío del cristianismo y de las ideologías modernas dando a la historia una dinámica, fundada no sobre el retorno cíclico sino sobre la noción nietzscheana del eterno retorno de lo idéntico (y no de lo igual): el pasado puede ser reapropiado en el presente en función de proyectos siempre renovados y, por tanto, transfigurado. (Ver MITO). El presente es el punto de reencuentro del pasado tradicional, inmemorial y recreado sin cesar y del futuro. El futuro permanece pues abierto (Ver MODERNIDAD), a diferencia de las concepciones arqueo-paganas cíclicas o judeocristianas. Tradición y futurismo explotan conjuntamente conjuntamente en la misma energía. Por ello una segunda definición de la historia debe plantearse.

La historia es lo que debe ser conservado y regenerado para que los pueblos europeos escapen a la desaparición y, a este respecto, constituye el núcleo y el punto focal de la guerra de las concepciones del mundo, guerra que opone desde generaciones la conciencia judeocristiana y la conciencia pagana.

Es esta la razón por la que nuestra acción se sitúa voluntariamente, a escala de la historia, por encima de las peripecias calificadas tradicionalmente de “políticas”.

26. HOMBRE

Es humano todo aquello que en propiedad pertenece al hombre, lo que supera su animalidad, es decir, el hecho cultural y la conciencia auto reflexiva, (conciencia de tener conciencia y tener un destino).

Para el judeocristianismo y las ideologías dominantes la humanidad es un conjunto homogéneo en el cual las divergencias étnicas y culturales son provisionales y secundarias. Para nosotros esto es unir el hecho humano al hecho animal; o lo que es lo

mismo y paradójicamente, biologismo (Ver Reduccionismo). La hominidad por el contrario, es decir, la especificidad biológica de los hombres los hace ser disemejantes culturalmente, divergir antropológicamente y no poseer conciencia de especie. La humanidad del hombre, según nosotros, es decir, lo que le define como “humano” no se encuentra en las similitudes y parecidos entre los hombres, diferentes tanto como grupo como entre individuos, sino en el hecho de que todos los hombres escapan a la inconsciencia de la animalidad y a los determinismos biológicos mediante las respuestas culturales profundamente diferenciadas, desiguales, que ellos elaboran para sobrevivir. En este sentido, la humanidad no es una condición sino un estado progresivo que se conquista, una “situación”. El hombre tiende hacia lo más que humano, es decir, hacia lo sobrehumano y por lo tanto hacia el acrecentamiento de su libertad frente a los condicionamientos biológicos. La conciencia histórica tanto como la técnica moderna son factores de sobrehumanismo. El humanismo igualitario que desemboca en la sociedad mercantil y sobre un sistema universalista relega al hombre al rango de ser abstracto haciéndole, paradójicamente, involucionar.

Comprender al hombre de manera total, antirreduccionista, supone mirarlo a la vez como un producto de la evolución, como un “animal” completo limitado por su herencia –cuyas posibilidades son inmensas- que no puede ser actualizada mas que por su apertura al mundo. Esto último autoriza al hombre a recibir la disciplina de una cultura que multiplica de este modo sus posibilidades innatas mediante informaciones adquiridas. El hombre queda investido entonces de la cualidad de un “ser de acción” que actúa sobre un medio mientras que el animal se contenta con sobrevivir y adaptarse. La voluntad de poder pertenece, pues, biológica y culturalmente a aquello que de más humano hay en el hombre. Corresponde a esa “chispa divina” de la que han hablado tantos pensadores europeos y que convierte al hombre en un ser en constante devenir.

27. IDEOLOGÍAS (OCCIDENTALES)

Son herederas de la laicización del judeocristianismo, compartiendo su finalidad y sus postulados de realización racional determinada por una razón universal de felicidad individualista y, por lo tanto, predicán el igualitarismo y la construcción de una civilización mundial “occidental”.

Lo axiomático de las ideologías occidentales se organiza alrededor de tres conceptos claves: individuo, razón y felicidad. Esta es la tríada de la ideología occidental compartida por todos, desde los conservadores extremos hasta el neo-marxismo. Aunque rivales, las ideologías occidentales comparten el mismo proyecto y la misma concepción del mundo. Este fin del siglo XX consagra su conjunción en torno a la filosofía de los derechos del hombre entrando en una especie de tercera edad a causa del freno de su progreso y de su estratificación teórica e intelectual. La primera, religiosa, se confunde con el cristianismo, la segunda –del siglo XVII al XX- con el ascenso del progreso de las doctrinas igualitarias; hoy vivimos la aplicación práctica y sociológica de los postulados de las ideologías occidentales, que acaba por confundirse con los hechos sociales y que se interioriza en las mentalidades. Triunfantes en las formas pero desprovistas de sentido, instaladas pero envejecidas, las ideologías occidentales piden su relevo. Los tiempos están maduros para el surgimiento de una ideología europea que descansa sobre una visión del mundo a la que podemos calificar –por hacer referencia a una muy antigua tradición- de hiperbórea.

28. INDIVIDUALISMO

Mentalidad introducida en la civilización occidental por el judeocristianismo según la cual el hombre individual abstracto vale más que sus cualidades y constituye el elemento de base de la especie antes incluso que la comunidad.

El individuo cristiano está “fuera del mundo”, aislado frente a Dios padre que lo devalúa y quien está capacitado en exclusiva para concederla la salvación. De aquí precisamente deriva el igualitarismo. Las ideologías occidentales traspusieron en lo social y en lo histórico (laicización) esta individualización de la humanidad. De aquí la destrucción de los organicismos, la atomización de las sociedades por el Estado y la constitución de masas que son la contrapartida del individualismo. El homo oeconomicus liberal, el proletario de los marxistas, el “ser humano” de las ideologías de los derechos del hombre son consecuencias de este individualismo que caracteriza del mismo modo que el igualitarismo y el racionalismo a la sociedad y la concepción del mundo dominantes. Al individualismo hace falta oponer el holismo en el cual la personalidad es valorada por su comunidad y su pueblo y escapa tanto al narcisismo como al aislamiento. En la perspectiva holista, el hombre se realiza plenamente y encuentra su desarrollo por y para el servicio a su comunidad.

29. JUDEOCRISTIANISMO

Conjunto de la concepción del mundo propia al judaísmo y al cristianismo que ha tenido un mayor desarrollo actuando primero bajo forma de religión y posteriormente, a partir de los tiempos modernos, como ideologías.

El judeocristianismo ha constituido para nosotros una aportación alógena para la conciencia europea que se encuentra así, desde hace dos mil años, partida, esquizofrénica y en proceso de una constante desculturación. Conciencia cristianomorfa de un lado, heredada del judeocristianismo, conciencia pagana del otro. Es la “guerra de los dioses”. La concepción del mundo judeocristiana que ha conseguido tras siglos instalarse cada vez más profundamente en Europa hasta convertirse en la marca principal de la civilización occidental está en el origen del universalismo, del individualismo y del igualitarismo. La mentalidad científica se ha desarrollado contra esta concepción pese a la filosofía utópica de esta y su propensión a desvalorizar lo real en provecho de una metafísica (mundo de las esencias o de los principios absolutos revelados) y de una teleonomía de final de la historia. El biblismo es otro de los nombres del judeocristianismo en la medida en que la Biblia constituye una referencia común a los herederos del judaísmo, del catolicismo y del protestantismo. En el Occidente de hoy en día la concepción judeocristiana del mundo es profesada con el máximo vigor por los Estados Unidos, patria de la concepción actual de los derechos del hombre.

Desprovisto hoy día del valor religioso, el judeocristianismo se ha convertido en el trasfondo mental de una civilización en crisis pasando por este hecho del estado de conciencia al de inconsciencia y siendo por este hecho más vulnerable que en el pasado ante el asalto de una nueva conciencia. Debemos, a través de la ofensiva de nuestra visión del mundo, hacer retroceder al judeocristianismo a una posición defensiva.

30. LIBERALISMO

Conjunto de las doctrinas aparecidas desde el siglo XVII al XIX en Occidente y que fundan sobre la “libertad del individuo” y sobre la “libertad” de los agentes económicos en relación a la política, su proyecto de organización social, entendiendo libertad como ausencia de presión.

Matriz del marxismo, el liberalismo a través de sus múltiples versiones y hasta el neo liberalismo actual (nuevos economistas) se funda sobre los postulados siguientes: individualismo, asimilación de la sociedad a un mercado (sociedad mercantil), desconfianza con respecto a los poderes de naturaleza política, creencia en la transparencia y la espontaneidad de las relaciones sociales desde el momento en que son mercantiles e igualitarias, reducción de las finalidades culturales a la obtención del bienestar, creencia en el fin posible de las ideologías en provecho de la gestión técnica neutra de la sociedad, etc. El liberalismo desemboca sobre la tecnocracia y el estatismo, sobre el mercantilismo y la opacidad de las relaciones sociales, sobre la visión del hombre, asimilado a una “cosa” dotada de un valor cuantificable que es esa entidad abstracta que es el homo oeconomicus. Vanagloriándose de organizar el libre cambio económico y la libre comunicación cultural, el liberalismo alimenta el dominio del modelo occidental, de la civilización de un sistema económico transnacional (ver AMERICANISMO). Por otra parte, hay que combatir la idea de que el liberalismo, contestado hoy en su eficacia económica (Ver ECONOMICISMO), detenta el monopolio de la competencia y de la economía privada de mercado (Ver AUTARQUÍA).

De todas las ideologías occidentales el liberalismo es la que más amenaza nuestra especificidad cultural: funciona como una droga e impide reacciones de defensa contra las amenazas militares. El liberalismo es para nosotros, de forma muy clara, el principal enemigo.

31. LIBERTAD

Facultad de aumentar el poder, de multiplicar las capacidades de acción sobre lo real y conquistar, por tanto, una autonomía sobre los determinismos, ya sean genéticos o sociales.

Esta definición se opone a la concepción individualista e igualitaria de la libertad, que la considera como una licencia pasiva, como una ausencia de norma. Esta última concepción de la libertad es exactamente la contraria a la nuestra. Para liberarse de los determinismos del hombre, por el contrario, tiene necesidad de la disciplina de una cultura, es decir, del ejercicio de una norma, comenzando por aquella que ejerce sobre sí mismo a través de su voluntad. La concepción liberal de la libertad es regresiva: produce el hombre doméstico, involucionado, que nosotros conocemos, que abdica de su autonomía en provecho de un sistema social paternalista. La libertad no es pues sólo un “derecho” como lo quisiera la filosofía de los derechos del hombre sino que es una conquista. Por ese hecho, la “Libertad” como absoluto es un concepto totalitario además de irreal. La libertad es plural (por ejemplo, hablamos de libertades políticas, como derechos conquistados, garantizados por la fuerza y por supuesto con contrapartidas). Genéticamente, el hombre nace en un estado de gran dependencia, pero su desprogramación, su apertura al mundo lo hacen un ser virtualmente “liberable” o virtualmente más esclavo aún que un animal. Cuanto más grande es la libertad –es decir, el cúmulo de actos realizables por un hombre tras su aprendizaje cultural disciplinado– más importante es la sujeción a normas. La libertad pasa ante todo por el dominio de

uno mismo. Es pues, tanto en lo que concierne a los individuos como en lo relativo a los pueblos, el privilegio de los fuertes. “La libertad es el poder”, decía Hobbes.

32. METAPOLÍTICA

Difusión en la mentalidad colectiva y en la sociedad civil de “valores” y de ideas (o ideologemas) que excluyen todo medio político, así como toda etiqueta política, pero según una visión de Gran Política, es decir, de búsqueda de impacto histórico.

La metapolítica se sitúa fuera y por encima de la política como hoy día es entendida, la cual se ha convertido en teatro y ya no constituye el lugar de la política. La estrategia metapolítica aspira a difundir una concepción del mundo de forma que los valores de esta última adquieran en la Historia potencia y poder a largo plazo. Esta estrategia es incompatible con las ambiciones burguesas de detentar el poder, de estar en el poder a corto plazo. Polivalente, la metapolítica debe dirigirse a las personas con capacidad de decisión, a los mediadores, a los difusores de todas las corrientes de pensamiento, a quienes por otra parte no desvele el conjunto de su discurso. La metapolítica difunde más una sensibilidad que una doctrina, se hace cultural o ideológica según las circunstancias. Su característica primera y primordial, habida cuenta de la sociología actual del poder cultural, es la de “golpear en la cabeza”, rechazando neutralizarse en lo vulgar y los *mass media*. Altura de visión, eficacia práctica, flexibilidad y dureza del “discurso interno” que se distingue del externo sin traicionarlo, pero que tampoco lo dice todo y adapta su formulación a las exigencias externas son las cuatro cualidades de la estrategia metapolítica, esta estrategia constituye, en el plano del método, nuestra elección fundamental. Esta es la base de nuestra actuación.

33. MODERNIDAD

Tendencia cultural, surgida de forma progresiva en Europa durante la Edad Media, que aspira a renovar las tradiciones actualizándolas, superando (autosuperando) las formas de civilización, las ideas, las técnicas en vigor, mediante una llamada a la regeneración, unida a una intensa conciencia de la historicidad del tiempo.

Noción ambigua, negativa y positiva a la vez. La modernidad se confundió en el siglo XVI con el progreso, espíritu de oposición a los antiguos regímenes y a las tradiciones, unido este a la filosofía teleonómica y segmentaria de la historia del judeocristianismo y por lo tanto de las ideologías totalitarias. En esta concepción prometética de la modernidad, la ambigüedad reside en el hecho de que una innegable energía de autorrenovación se pone al servicio de un proyecto de fin de la historia. Frente a ello, nosotros mantenemos una concepción fáustica de la modernidad en la cual el pasado no está devaluado sino que inspira un futuro constante y en el que la voluntad de poder, bajo forma de enfrentamiento deseado con el futuro, vuelve al hombre creador de sí mismo en la historia, es decir, demiurgo. La técnica moderna puede así reintegrarse como elemento movilizador y que da sentido a un ascenso colectivo. Las desilusiones del progrese que ensombrecen el presente dejan el campo libre a una “segunda modernidad del mundo”. La modernidad es uno de nuestros valores prioritarios de referencia.

34. MONOTEÍSMO

Creencia en la existencia de un dios único propia a las religiones reveladas y sobre todo al judeocristianismo y afirmación de la unidad homogénea de lo divino, el cual está radicalmente separado de una naturaleza plural y diversa.

El monoteísmo aparece, generalmente, por este hecho como dualista. A la inversa del enoteísmo que profesa la unidad de lo divino y la multiplicidad de sus apariencias y que une, pues, lo divino y la naturaleza heterogénea, el monoteísmo desvaloriza lo real, el mundo y la naturaleza, creados por el dios único, pero en lo sucesivo provisorios y llamados, al final de los tiempos, a fundirse con el Uno. El monoteísmo es, por este hecho, entrópico. Ha dado lugar al universalismo filosófico y sociopolítico de las ideologías occidentales: al igual que el Cosmos sólo tiene un Creador, la historia no tiene más que un sentido y un fin posible, el hombre no responde más que a una sola definición y una sola forma de sociedad aparece como válida (ver Reduccionismo). El igualitarismo, el racionalismo, la democracia, etc., heredan del monoteísmo la afirmación de valores absolutos, universales, únicos y revelados. Estos amenazan con convertirse en leyes totalitarias. De una manera general, la mentalidad monoteísta aspira a homogeneizar lo real y la vida según el orden unilateral de un principio abstracto que escapa a la experiencia. El monoteísmo es, pues, la exacta antítesis de nuestra visión del mundo.

35. MITO

Conjunto de imágenes organizadas bajo la forma de relatos de naturaleza poética, épica, legendaria, lírica, etc., que reúnen en la tradición de un pueblo, de una comunidad, de una cultura, representaciones fundadoras propias para establecer la existencia o la historicidad del grupo del que se trata.

“Un país que no tiene leyendas, dice el poeta, está condenado a morir de frío. Es muy posible. Epro un pueblo que no tenga mitos estaría ya muerto. La función de la clase particular de relatos que son los mitos es, efectivamente, la de expresar dramáticamente la ideología de la que vive la sociedad, mantener ante su conciencia no sólo los valores que reconoce y los ideales que persigue de generación en generación, sino principalmente su ser y su estructura misma, los elementos, los vínculos, los equilibrios, las tensiones que la constituyen; justificar a fin de cuentas las reglas y las prácticas tradicionales sin que todo en ella se disperse. Todos estos relatos tienen una función, la misma función vital” (G. Dumézil).

Aspirando no a convencer sino a seducir, el mito es un resumen movilizador de la personalidad de una comunidad, entendido este como un relato fundador; los héroes y dioses presentados por los mitos cristalizan y desarrollan por ejemplo los tipos humanos y las personalidades creadoras propias a una cultura o erigen en situación-tipo acontecimientos precisos susceptibles de reproducirse. La dimensión religiosa y sagrada del mito lo hace propicio a la reactivación de todo momento de la historia. Es este el motivo por el que los dioses y héroes del paganismo constituyen mitemas (elementos significantes del mito) siempre capaces de encontrar una nueva significación, una

regeneración, una actualidad y un retorno. La edad de los mitos no es nada caduco ni propio de otros tiempos, no hay primitividad del mito permaneciendo siempre teñido de veracidad incluso cuando toma vías alejadas del saber racional. La idea de Imperio, las cosmogonías helenas, celta, eslavas o germánicas son, por ejemplo, portadoras de mitos perfectamente reactivables. De la tetralogía wagneriana a la ciencia ficción actual, los tiempos modernos producen siempre infinidad de mitos. Nuestra concepción del mundo, nuestra cosmovisión que no reduce al hombre al papel de animal racional, toma conciencia de su dimensión mítica (Ver ANTIRREDUCCIONISMO), dedicándose a instalar en una modernidad que se prepara, un nuevo discurso mítico vuelto hacia la llamada del futuro y el retorno de lo inmemorial. El mito es, sin duda, el ámbito de “la más larga memoria” por excelencia.

36. NACIÓN

En sentido clásico este concepto de origen típicamente europeo, da cuenta de la plasmación política de un pueblo, es decir, de la toma de conciencia por éste de su identidad y de sus intereses propios, la cual le insufla la voluntad de asegurar su destino particular en lo universal. En estadio acabado la nación es un pueblo, una parte de un pueblo o un conjunto de pueblos, que históricamente ha llegado a la constitución de un Estado propio.

La nación, hoy, inseparable del principio de Estado-Nación, es para nosotros un fenómeno esencialmente negativo. Y esto por varias razones. Primero, porque las naciones se han creado sobre las ruinas del Imperio y se han mantenido oponiéndose sistemáticamente a la idea imperial. Este es un punto sobre el que nunca insistiremos lo bastante: el Imperio precede a las naciones y por tanto la legitimidad suprema le pertenece. Esta legitimidad trasciende las legalidades transitorias de los Estados-naciones pues sólo el Imperio tiene el poder necesario para garantizar el futuro de la comunidad de pueblos que organiza. Las naciones, precisamente porque crean Estados o intentan crearlos en detrimento del Imperio, constituyen un principio de disolución y organizan la secesión permanente.

El proceso se desató tras el enfrentamiento del Imperio Romano y de los pueblos cultural y políticamente atrasados del norte. La gran suerte de Europa pudo haber sido la fecunda integración de estos pueblos en el organismo imperial. Pero ¡Ay! No la hubo. El fracaso de la conquista romana en dirección del Báltico, impresionante por su amplitud y sus consecuencias incalculables, ha entrañado un cara a cara secular que como sabemos, ha acabado con la ruptura del equilibrio en el sentido más desfavorable: norte-sur. Barbarización del imperio y no sur-norte, es decir, romanización de los bárbaros. Mientras tanto, un fenómeno capital se estaba produciendo, rebeldes a la integración, los bárbaros, especialmente los germanos, no habían sido enfrentados al resplandor cultural del Imperio siendo precisamente estas influencias las que estuvieron en el origen de un tipo de organización más desarrollada y más eficaz de los pueblos germánicos en su desgraciada lucha –para Europa y sus propios descendientes- contra el Imperio. De este modo, las grandes invasiones fueron el hecho no de clanes y tribus mal organizadas sino de poderosas confederaciones que no eran sino la adaptación cultural, a menor escala, del modelo de la vasta federación imperial. Insistamos bien sobre este hecho. No hubo una sino varias confederaciones (sajones, alemanes, francos, godos...) pero nunca los germanos ni los celtas accedieron a la clara conciencia de su identidad étnica y menos aún imaginaron una unidad nacional. De forma más tarde, cuando los invasores se instalaron como vencedores sobre el suelo

imperial, trasplantaron su conciencia étnica y su organización política, haciendo desaparecer a menudo incluso el nombre de las provincias que ocupaban para reemplazarlo por el suyo. De este modo las Españas se convirtieron en la España visigótica, las Bretañas, en Inglaterra y la misma Italia iba a transformarse en Lombardía. En cuanto a las Galias, dejaron de ser el semillero de las tierras del imperio para convertirse en ese algo derrisorio y bárbaro que se llama “Francia”. Desde entonces el mayor problema de Europa es el del “imperio estallado”, efecto nefasto de ese germanismo político que fue lo bastante fuerte como para contribuir al ocaso del imperio romano (“la más grandiosa forma de organización jamás alcanzada en difíciles condiciones”, Nietzsche), pero que resulta incapaz, pese a la muy honrosa tentativa carolingia, de restaurar la unidad perdida, en un mundo minado por el cristianismo y dedicado a la balcanización “nacionalista” y a la guerra civil permanente.

Si hemos evocado en ocasiones el caso del imperio chino, que constituye el otro gran polo histórico del mundo antiguo, la comparación se revela del todo desfavorable para Europa. Efectivamente, aún cuando ha conocido peripecias muy semejantes con invasiones y particiones, China ha sabido preservar o restaurar siempre su unidad y ello pese a una diversidad y politeísmo muy semejante al de Europa. Esta baza, junto a la de una natalidad dinámica, asegura a China perspectivas más que halagüeñas para el siglo venidero, lo que no es el caso de una Europa demográficamente en declive, ocupada y dividida al mismo tiempo que mentalmente balcanizada por su estructura multinacional.

En la actualidad, el Estado-Nación, concebido como una mónada irreductible, es una forma perimida. Sus reducidas dimensiones le hacen incapaz de asegurar la independencia y el futuro de los pueblos que contiene, pero le hace capaz todavía de actuar como fuerza centrífuga en el interior de una formación tal como la Europa política. Mientras que abundantes reivindicaciones inflaman a los pueblos por todo el mundo, la solución imperial aparece como la única susceptible de preservar el poderío y por lo tanto la capacidad de actuar sobre el destino. Y esto es tanto más necesario cuanto que las ideologías dominantes han concebido también a la nación como escalón de una sociedad mundial, como “departamento” de un planeta políticamente racionalizado. Hoy, el sistema occidental está fundado sobre esta ideología de las naciones que se opone a la del imperio y que neutraliza a los pueblos homogeneizándolos en naciones “iguales” que no son, al fin y al cabo, sino cáscaras vacías, marcos desprovistos de sentido histórico.

37. NATURALEZA

desde el punto de vista del hombre, todo lo que no participa de la cultura y no constituye su zócalo.

Pero la naturaleza, noción compleja, significa también en biología el conjunto de organismos y de su medio: Por lo tanto, biológicamente, la cultura, “naturaleza del hombre” forma parte y a la vez surge de la naturaleza. Naturaleza y cultura son complementarias e inseparables. En filosofía, la naturaleza en sentido griego de “Physis”, designa al reino vegetal y animal, pero también a la vez al cosmos. En la cosmogonía pagana, la naturaleza es divina y sagrada. En el judeo-cristianismo, un dualismo distingue al creador de la naturaleza y ésta se halla implícitamente desvalorizada y destinada a desaparecer con un Apocalipsis del que sólo Dios subsistiría. En la perspectiva fáustica y neopagana lo sagrado no está en la naturaleza sino que tiene su origen en la mutua interpenetración de lo humano y la naturaleza, a

ésta le es conferido un sentido: el del cumplimiento de la voluntad humana. La naturaleza es, pues, el material de la cultura, su forma; deriva del orden dionisiaco mientras que la cultura lo haría del apolíneo. Tanto biológica, como histórica y políticamente, la naturaleza lleva y produce la cultura que actúa sobre ella y, por esta acción, se da un sentido y una aspiración.

Desde otro punto de vista podemos decir que nuestra acción es naturalista o vitalista. Por ejemplo, a la sociedad actual que genera patologías sociales por el hecho de su desconocimiento de la naturaleza humana (Ver Etología), nosotros oponemos concepciones “naturales” en lo que se respetan lo real y lo humano tal como es (Ver Reduccionismo) con sus dimensiones plurales (Ver Politeísmo). La técnica moderna nos aparece de este modo muy “natural”, como lo pueda ser, por ejemplo, la revolución neolítica. Dicho de otro modo está en la naturaleza del hombre el superar la naturaleza apoyándose en ella y respetándola.

38. NIHILISMO

Privación de sentido de los “valores” y desaparición de lo sagrado en provecho de un estado en el cual dichos valores son indiferenciados, sin escala y sin origen y en el que la puesta en perspectiva de la existencia individual así como del destino colectivo desaparecen.

El nihilismo caracteriza nuestra época en la que nada tiene valor por que todo se equivale, situación esta que se agrava desde hace un siglo, desde que los ideales metafísicos del cristianismo, progresivamente vaciados de su substrato religioso, son laicizados en morales o ideologías. El nihilismo, unido al espíritu burgués y calculador movido por el interés individual, estaba en germen en el judeocristianismo: por una parte por que anteponía la salvación individual a las obligaciones cívicas y comunitarias; por otra parte, porque intentaba vincular al individuo a conceptos universales situados fuera del mundo y, por ello, susceptibles de degenerar en leyes abstractas, desenraizadas e impropias para movilizarse. El nihilismo es el destino del judeocristianismo occidental al término de su historia.

Hoy día, cuando vemos quizás el apogeo del nihilismo, éste dibuja concretamente la implosión de sentido de las ideologías occidentales: actualidad de la psicología social, narcisismo de la psicología individual, ausencia de fines de un mundo absurdo a pesar de la multiplicidad de las finalidades técnicas (“mundo sin finalidad”). Asunción de la felicidad intimista y promesa de fin de la Historia, el nihilismo es el producto de una gigantesca paradoja histórica (heterotelia). En tanto que ateísmo radical y hundimiento de toda conciencia histórica demás de negación de todo valor referencial que trascienda la dimensión individual, es, por tanto, el producto de una concepción del mundo que entendía fundar sobre absolutos el sentimiento religioso y la visión de la Historia. El nihilismo es la consecuencia lógica, inevitable, de la desvalorización del mundo traída por el cristianismo.

39. NOMINALISMO

Posición filosófica elaborada en la Edad Media contra la escolástica cristiana y que rechazando el universalismo y proponiendo una visión relativista del mundo y de sus valores, renueva con el politeísmo las cosmogonías paganas.

Para el nominalismo, los universales no son sino “palabras”, y los “nombres” que nosotros damos a las cosas no portan ninguna verdad en sí, son conceptos relativos, claves interpretativas de las que tenemos necesidad para vivir en el mundo. Desde este punto de vista, la perspectiva politeísta, tanto en filosofía como en ciencias sociales, se vincula al nominalismo. Por otra parte, el nominalismo postula un rechazo de las “esencias”: el punto de vista nominalista tiende a privilegiar a los seres con relación al “ser”, el devenir con relación al finalismo histórico (fin de la Historia por la realización de su propia esencia), el mundo real con relación a las utopías, los valores particulares con relación a los absolutos y a las normas reveladas, etc. Sin embargo el nominalismo no podría ser sistematizado: ello llevaría pues –lo que de hecho ya se produce– al individualismo o nihilismo por un relativismo sistemático. Es necesario adoptar un nominalismo mínimo que considere los valores como relativos “en el absoluto” y como absolutos en lo relativo: cada pueblo, por ejemplo, puede situar por encima de todo sus propios valores considerándolos como relativos, como su propio bien y no el de la humanidad.

El neopaganismo y la epistemología moderna se conjugan bastante bien para ir en ese sentido: antiuniversalista. El primero afirma la vocación a lo “universal”, es decir, a la expansión, gobernado por la voluntad de poder de sus propios valores en un espíritu, no la conversión del otro, sino de dominación (percibida como aleatoria y provisional), la segunda no reconoce en el universo ninguna ley universal ni la posibilidad de ningún conocimiento perfecto de las leyes de la naturaleza, pero válida, no obstante, la voluntad del hombre de dominar el cosmos, de reconocerlo sin límite de ambición, pero sabiendo que el dominio total es imposible. El nominalista pagano desea el ascenso de sus valores, su “movimiento ascendente” pero no los desea instalados, triunfantes por siempre (Ver Trágico), lo que por otra parte es imposible por ser contrario a las leyes de la vida. Es preciso, “hacer las cosas” sabiendo que son provisionales, frágiles, mortales. Es necesario escoger valores, sabiendo que es nuestra elección la que hace de ellos lo que son, valores.

40. ORGÁNICO

Aquello que se dispone según estructuras y disposiciones semejantes a la vida, es decir, caracterizadas por la interacción, la complejidad innovadora, la jerarquía y el devenir se denomina orgánico, opuesto por tanto a lo que es “mecánico”, es decir, causal, estrictamente racional, unidimensional e históricamente cerrado.

Por ejemplo el modelo comunitario es orgánico mientras que la sociedad mercantil funciona como un mecanismo. Los modelos orgánicos de naciones o de sociedades, así como las ideologías del “organicismo” ponen el acento sobre el politeísmo social, la diversidad de las funciones, el holismo, la preeminencia de la soberanía, el antiindividualismo de los cuerpos intermedios. Se oponen al mecanicismo igualitario de las ideologías dominantes y de las tecnoestructuras que ponen a la economía como infraestructura de toda sociedad reduciendo esta última a un agregado matemático de individuos. Hoy día, las ideas orgánicas y las visiones orgánicas del mundo son corroboradas por la biología y la cibernética.

41. PAGANISMO

Actitud religiosa que escapa a los sistemas de las tres grandes religiones monoteístas y, más precisamente, en el empleo que nosotros le damos, designa a la religión tradicional de Europa siempre viva, sea bajo forma de ritos, sea de sensibilidades culturales o en lo que a nosotros respecta, como concepción del mundo devenida consciente.

El carácter común de todos los paganismos es el vínculo de la religión a la vida, una dimensión prioritaria se atribuye a la vida del grupo, a la vida social. Natural y sobrenatural se interpenetran, lo sagrado es inmanente. El dualismo caracteriza a los sistemas monoteístas (divino fuera del mundo, creador separado de sus criaturas, alma independiente del cuerpo, no interpretación de lo sagrado y de lo profano). El paganismo europeo –el de las religiones precristianas tanto como aquel otro que subsistirá en los ritos populares y en la cultura a través y pese a una aparente cristianización- añade a esos elementos el sentimiento trágico de la vida y una divinización del hombre por el dominio de su destino.

Hoy día, es posible una regeneración del paganismo bajo la forma “post-cristiana” de un neopaganismo: lo divino puede confundirse con lo humano, sobre todo con su voluntad de poder demiúrgico. “Los dioses están en nosotros”, tal es la nueva figura de su retorno (Ver MODERNIDAD). Como elemento fáustico, el neopaganismo debe saber, al igual que el antiguo hacer alternar sensualidad y ascesis (Ver DIONISISMO, APOLINISMO). El agotamiento de los dogmas cristianos y el nihilismo contemporáneo despejan el terreno para un retorno al paganismo que para nosotros no podrá cumplirse sino bajo una forma soberana y no sólo social, artística, sexual, deportiva, etc. El renacimiento pagano –surgimiento de una nueva conciencia traída también por las ciencias y las técnicas modernas- es lo único susceptible de reconciliar el alma europea consigo misma, de acabar con la esquizofrenia provocada por la visión del mundo y la civilización cristianomorfa. Puede marcar igualmente el fin de la alineación cristiana, el inicio de la reapropiación de nuestra cultura por sí misma. El paganismo es pues, para los pueblos europeos, una liberación. Es la revolución del siglo XXI.

42. PUEBLO

Entidad orgánica que une en una comunidad a los ancestros, los vivientes y los futuros herederos de un grupo humano, caracterizándose por una convergencia de rasgos culturales, históricos, étnicos, antropológicos, psicológicos y geográficos.

Podemos decir sin lugar a dudas que la pertenencia a un pueblo es lo que un hombre tiene en primer lugar de específico y lo que lo constituye como humano. A diferencia del “pueblo” de las doctrinas liberales y marxistas que hacen de él una masa socioeconómica o una “población” agregativa, nuestra concepción hace de él constituyente primario de la especie humana. Aquí encuentra su principal riqueza y la condición de su supervivencia biológica e histórica. Ese dinamismo divergente de la humanidad en pueblos está hoy amenazada por una civilización mundial (Ver CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL) surgida de ideologías individualistas, mundialistas y universalistas (Ver DERECHOS HUMANOS). En esta medida, los conflictos izquierda/derecha y Este/Oeste ocultan el verdadero antagonismo que opone a los pueblos en su totalidad frente a un sistema que abole su independencia y sus especificidades.

Volver a ser sujetos de la historia: he aquí nuestra propuesta necesaria a los pueblos europeos. Nosotros reconocemos y debemos conseguir hacer tomar conciencia

de la existencia de una comunidad de pueblos europeos que puede reconocerse en un pasado común indoeuropeo y darse por tanto y en razón de ello un destino histórico.

Esta nueva unidad de destino de los europeos que mediante una “nueva alianza”, a través de una metamorfosis y mediante una transfiguración histórica puede fundirlos en un pueblo, viene exigida por las realidades geopolíticas, económicas y culturales de este fin de siglo. Reivindicando el derecho a la identidad por la comunidad de los pueblos europeos, estamos luchando por el alma de los pueblos, por la “causa de los pueblos”, de todos los pueblos.

43. POLÍTICA

actividad (la política) o función (lo político) públicas, cuyo objeto es la búsqueda del consenso interior y la designación del amigo y del enemigo de un conjunto colectivo (pueblo, por ejemplo), y la puesta en práctica del destino histórico de ese conjunto colectivo, en sentido práctico, técnico y estratégico.

Desde nuestro punto de vista, la política, como sustancia o “actividad funcional”, es uno de los atributos de la soberanía, que puede, por ejemplo, encarnarse en el Estado –deviniendo así pues la instancia de lo político-. En el seno de la función soberana, la política tiene, no obstante, el deber de estar sometida al orden espiritual o religioso, portador este del Sentido (ver SENTIDO) (Ver TRIPARTICIÓN). Las ideologías de la sociedad mercantil siguen la definición liberal de política que según las doctrinas individualistas del contrato social, la reducen a la gestión y a la administración de las cosas, entendiéndolas como una serie de mercados transaccionales resultantes de la comparación de las necesidades y de las demandas de agentes sociales calculadores, subordinándolos por este hecho a un programa de naturaleza economicista (tecnocómico) instaurando el reino de los políticos cuya función, lejos de toda “Gran Política” sólo es “espectáculo” (sometida a los “medias”). La sociedad queda así despolitizada.

El Estado, como la función soberana, pierden el monopolio de lo político que pasa así a las manos de los “partisanos” donde se refugia provisionalmente entre aquellos que hacen metapolítica. La degeneración de lo político conduce al Estado a la burocracia desmesurada y a la desaparición del principio de soberanía.

44. POLITEÍSMO

Caracterizado por un panteón en el que coexisten varias divinidades jearquizadas, a imagen de la diversidad viviente, el politeísmo es uno de los grandes rasgos dominantes de la concepción del mundo pagana y no igualitaria: significa el reconocimiento de la multiplicidad ordenada de lo real.

El politeísmo supone por lo tanto un orden superior integrador (holismo) en el interior del cual coexisten, incluso en mutua contradicción, “dioses”, valores y funciones extremadamente diversas. La atomización individualista de la sociedad actual, indiferenciada, no es tanto politeísmo como diferencialismo. Este pluralismo igualitario aparece por el contrario como masificante y tiene su origen en el monoteísmo ya que todo es medido con el mismo rasero y puesto al mismo nivel. El politeísmo supone, por el contrario, la jerarquía de los valores, de las ideas, de las funciones, de las divinidades, etc., el orden politeísta está dominado por una unidad que no tiene nada de totalitaria pero que es la del sentido superior, la de los “dioses soberanos” la de la

soberanía. El politeísmo político, por ejemplo, no es el pluralismo democrático que atomiza individuos y facciones pero homogeneiza los valores; es precisamente lo inverso: lo que reúne individuos y facciones pero que diversifica jerárquicamente los valores. El politeísmo social supone, por ejemplo, que la función soberana permite a la sociedad, a la “tercera función” diversificarse en sus formas (reconocimiento de las marginalidades), pero reúne al pueblo alrededor de una concepción del mundo común. Es decir, todo lo contrario del estatismo igualitario que disuelve los valores comunes pero que homogeniza los hábitos y las formas sociales.

Podemos tener una concepción politeísta de las culturas diciendo que estas son no comparables e inconmesurables (aquí se halla el verdadero derecho a la diferencia). La percepción politeísta de lo real, como orden discontinuo y contradictorio es, no obstante, el de las ciencias modernas. Numerosos son los autores en diversas disciplinas que definen su pensamiento en términos de politeísmo.

45. RACISMO

Actitud de exclusión de un grupo humano en razón de sus pertenencias biológicas y/o culturales ya sea para asimilarlo a un modelo antropológico y cultural reputado como normativo ya sea para inferiorizarlo.

El racismo es un producto del igualitarismo y está a menudo legitimado por el antirracismo de las doctrinas de los derechos humanos. Al predicar una mezcla étnica universal, queriendo conformar todas las culturas al modelo occidental, se niega implícitamente a los hombres y a los pueblos su especificidad biológica y cultural. Negando el hecho racial se desprecia la raza de los otros y se rebaja el hecho humano a un hecho individual. Es necesario pues comprender que racismo de asimilación y racismo de exclusión son las dos caras de una misma moneda ya que tanto uno como otro reducen la diversidad humana –lo que constituye la riqueza de la especie- a un modelo único. Hay que señalar que la Biblia es un texto fuertemente impregnado de racismo y los ejemplos que encontramos en ella son de los peores que existen.

46. RAZÓN

La idea judeocristiana de razón universal y absoluta pensada como atributo de Dios considerando una teleonomía racional y una escatología razonable, es decir, absolutamente necesaria del mundo, ha dado lugar a los racionalismos de las ideologías occidentales.

Estas entienden, efectivamente, “realizar racionalmente la felicidad individual”, considerada como objetivo de absoluta necesidad. La moral, la historia, la sociedad, están sometidas al determinismo de una razón objetiva heredera de la ley judeocristiana. La razón instrumental o razón subjetiva es, a la vez, el producto de la razón objetiva y del “logos” griego unido al espíritu científico. El estado igualitario, el marxismo, el liberalismo, las tecnocracias, est., proceden a una racionalización de lo social que homogeniza las culturas y destruye las comunidades orgánicas. Nuestra civilización racionalista –inorgánica- es el resultado de todo esto.

Nosotros ofrecemos un cambio de la noción de razón según una perspectiva neopagana y fáustica: no existe la razón objetiva universal ni en la historia ni en el cerebro de cada individuo. Por el contrario existe una razón como método (razón subjetiva); esto debe admitirse, sobre todo, en el dominio tecno-científico del medio. Si

esta razón subjetiva se gobierna exclusivamente por los cánones esclerotizados (ideales petrificados) de la razón objetiva, la cultura y la sociedad devienen, como ocurre hoy en día, mundos absurdos de “finalidades sin fin”. En cambio, sometida a un fin no racional dependiente por ejemplo de la voluntad (proyecto político arriesgado, apuesta científica, etc.) la razón subjetiva deja de ser alienante haciéndose de este modo instrumento de poder. Hoy día desde la biología a la antropología, desde las ciencias políticas a la economía, el racionalismo es una pura ruina. No obstante continúa actuando en las ideologías y las utopías sociales. La destrucción de ese racionalismo y la relativización de la idea de razón es, pues, una tarea prioritaria.

47. REDUCCIONISMO

Proceso intelectual que actúa por reducción de un todo a una sola de sus partes, de un fenómeno a una sola de sus causas, de un hecho social a una sola de sus dimensiones; aisladas de este modo, estas últimas se erigen así en absolutos o universales.

El reduccionismo se fundamenta en primer lugar en una actitud behaviorista y medioambientalista que reduce el comportamiento orgánico y pluridimensional del hombre a un esquema estímulo/respuesta o a un mecanismo psico-químico. Por extensión, el reduccionismo se aplica a un tipo de razonamiento común a las doctrinas igualitarias. Al reducir la historia social a la economía (mercado o lucha de clases), el psiquismo a la razón o al alma inmortal o incluso a la libido sexual, las necesidades al bienestar consumista, etc., el esquema es siempre el mismo: lo real se declara provisional en vistas a un criterio universalizable supuestamente igual para todos pero al que la opresión o injusticia impide triunfar. Racionalismo, freudismo, marxismo, liberalismo, etc. , actúan por mecanismos reduccionistas, reconduciendo los procesos metafísicos del cristianismo a través del rechazo por la complejidad de lo real y de la vida y construyendo una utopía inalcanzable.

El reduccionismo es también mecanicista e individualista: el todo es siempre considerado como un agregado de átomos a los que uno siempre podrá aislar. Por ejemplo, la sociedad no sería sino la suma de seres humanos abstractos. Reacio a toda visión politeísta del mundo, el reduccionismo está arruinado por la epistemología moderna que demuestra que un fenómeno es siempre plural y que su dinamismo proviene de una interacción compleja entre sus “partes” que pueden ser contradictorias y que se ajustan a niveles jerarquizados (Ver HOLISMO, ORGÁNICO). Por ejemplo, la etología ha demostrado que el comportamiento agresivo era la contrapartida al comportamiento amistoso y a la vez está unido a él. El hombre es a la vez guerrero, pacífico, está genéticamente determinado y es culturalmente libre. Su experiencia toma sentido solamente por aquello que le es innato y lo innato se actualiza a través de lo adquirido. El antireduccionismo, así como nuestra concepción del mundo y la actitud científica moderna, se caracterizan por una aceptación de todo lo real y el conjunto de sus niveles de integración (microfísico, macrofísico, biológico, filogenético (evolución), psico-sociológico, histórico, etc.) nos llevan a aceptar la polifonía del mundo.

48. REGIÓN

Subconjunto espacial cuya individualización y permanencia tienen su origen en la interacción de factores geográficos e históricos, es decir, es el resultado de la

confrontación y de la integración de la cultura de un grupo humano en un medio natural dado. La región constituye según una visión organicista del mundo, la proyección en el espacio de un nivel específico de organización de una comunidad política.

Una individualidad geográfica no es resultado de simples consideraciones de geología y de clima. No es algo surgido sin más de la naturaleza. Hay que partir de la idea de que una región es una reserva en la que duermen energías que la naturaleza ha depositado en germen pero cuyo empleo depende del hombre. Es él quien sometiéndola hace luz sobre su individualidad. Él establece una conexión entre rasgos dispersos; sustituye los rasgos incoherentes de las circunstancias locales por un concurso sistemático de fuerzas. Es entonces cuando una región se dibuja y se diferencia convirtiéndose a la larga en una medalla acuñada con la efigie de un pueblo (Vidal de la Blanche).

Los grandes espacios estructurados por la red regional son característicos de las más antiguas civilizaciones sedentarias. Efectivamente, con la emergencia de estas últimas, consecuencia directa de la “revolución neolítica”, ha comenzado verdaderamente el proceso de enraizamiento del hombre en su suelo. Las innovaciones culturales decisivas que representan las técnicas agrícolas primero y metalúrgicas después han permitido la acción engrandecedora de diversos grupos humanos sobre su medio ambiente. Es entonces, a partir de los primeros núcleos desarrollados convertidos en graneros y talleres, cuando se ha podido poner en marcha la gran empresa humana de conquistar el mundo, llevada más tarde al paroxismo por los pueblos europeos.

Se trata aquí de un fenómeno muy complejo marcado desde su inicio por un doble movimiento evolucionando sobre un ritmo pendular: proceso de homogenización de una parte, y de diferenciación de otra. Efectivamente, integración y asimilación (aculturación) han sido rasgos permanentes de la dinámica de expansión de las grandes civilizaciones. Pero, por otra parte, esta lógica ha sufrido siempre la triple coacción de los factores tiempo, espacio y variabilidad cultural –esta última remitiendo el elemento específicamente humano, el más decisivo- que constituyen de hecho las tres dimensiones fundamentales propias a la historia misma. Es el juego combinado de esos tres factores lo que está en el origen del carácter tan variable y móvil de los hechos humanos partiendo de su diversidad.

No insistiremos demasiado sobre el factor tiempo: condicionando a los otros dos, introduce inmediatamente las nociones de evolución y de mutación. La variabilidad cultural derivaría pues de la naturaleza genéticamente abierta pero no enteramente determinada del comportamiento humano. Frente a un medio cambiante hay adaptación libre: la naturaleza propone, el hombre dispone. En fin, retengamos el papel capital de la dimensión espacial, muy frecuentemente olvidada. Este es el teatro de la acción humana. Ahora bien, su carácter no es indiferenciado, la superficie terrestre y por consecuencia las condiciones que reinan no son uniformes, por esta razón la localización de un fenómeno en un punto particular del espacio no es del todo indiferente (Ver GEOPOLÍTICA). Las grandes civilizaciones históricas no se han desarrollado al azar sino que, por el contrario, lo han hecho en zonas geográficas muy determinadas. Su eclosión se ha realizado cuando se han dado un cierto número de condiciones geográficas ventajosas. Del mismo modo, en el interior de estas áreas de civilización el hábitat se ha establecido preferentemente en las regiones más propicias a las necesidades del hombre. La población humana no ha estado nunca uniformemente repartida. En el origen, vastas zonas yermas, casi vacías de toda presencia humana – bosques, landas, montañas, estepas, etc.- rodeaban los núcleos habitados. Con el progreso técnico y demográfico, esos “desiertos” se han ido reduciendo poco a poco sin

que por ello la distancia entre grupos humanos en tanto que expresión de la dimensión espacial haya llegado a ser anulada.

El hecho regional nace en ese contexto: es el resultado de una confrontación secular e incluso milenaria entre las bases geográficas particulares de un suelo y la cultura específica de una población. Hay que señalar que visto el confinamiento siempre relativo de esta, las influencias exteriores que sufre, las cuales contribuyen por otra parte a la maduración de su identidad, -mediante una estimulación y una asimilación activa- dependen igualmente de la situación geográfica del territorio considerado.

Históricamente dos grandes zonas de civilización ha constituido los polos culturales y geopolíticos del mundo antiguo –que durante mucho tiempo fue el mundo a secas- Europa por un lado y China por el otro. En ambos casos observamos conjuntos cuya diversificación interna y muy antigua estructuración regional ofrecen un paralelismo ciertamente sorprendente. En el caso de Europa a la cual nosotros nos vinculamos, la historia enseña que su estructura regionalizada constituye uno de sus rasgos distintivos fundamentales. Es ese carácter lo que la distingue de su prolongación ruso-siberiana, pues Europa, -indebidamente elevada al rango de continente por el chovinismo de los geográficos europeos- no es en realidad sino la punta occidental de Eurasia y ningún límite geográfico preciso llega a separarla de las profundidades del espacio euroasiático a no ser precisamente la estructura compartimentada de su paisaje y la múltiple articulación de su conformación, penetrada por todas partes por los mares o cortada por las cadenas montañosas, configuración esta que la opone en el Levante a la masividad indiferenciada de la llanura rusa. Aquí, entre el Báltico y el mar Negro, al este de la línea Königsberg-Odessa, jamás ninguna región histórica ha podido verdaderamente tomar cuerpo: el observador sólo distingue “gobiernos”, “distritos”, “khanatos” barridos por el viento de la estepa o cruzados por bosques infinitos. Como una excepción notable tenemos los países bálticos. Su ejemplo ilustra bien el carácter cultural y político del regionalismo europeo. De hecho, incluso sobre un marco en el que la geografía no suministraba ningún rasgo destacado, las etnias europeas se han construido tanto para modelar el paisaje según su genio propio como para preservar o imponer sus instituciones frente a un medio hostil. Tal fue el caso de los alemanes entre el Oder y el Niemen o el caso del Báltico, el caso también de los pueblos hispánicos tras la Reconquista.

De este modo, la estructura regional de Europa constituye su profunda armazón moldeada por los siglos, a pesar de continuas oscilaciones locales, estabilizadas ya desde hace tiempo –en gran parte tras la alta edad media y más tardíamente en las zonas periféricas-. Dicho de otro modo, las regiones representan las piezas constitutivas de Europa, sus elementos permanentes con los cuales se han hecho y deshecho los diversos imperios, naciones y Estados que han marcado su historia: se trata aquí de una manifestación de la esencia “politeísta” de la cultura común de los pueblos europeos. Toda construcción de un auténtico imperio europeo deberá no sólo tener en cuenta el hecho regional sino hacer de él el fundamento mismo de su creación para asegurar su duración y continuidad.

En esta perspectiva, la región es percibida no sólo como un hecho diferencial claro sino como una componente orgánica esencial de un Estado comunitario y el regionalismo como un arma estratégica y táctica en vistas a la instauración de una Europa políticamente unificada.

49. RELIGIÓN

Vínculo creado entre los hombres –y entre los hombres y el Universo- por el sentido de lo sagrado, adecuado a la vez para soldar una comunidad y para desarrollar espiritualmente (lo que implica la convicción de que hay algo por encima y más allá de sí mismo) un ideal, un proyecto, indispensable para el orden interno de una cultura y estructurado por instituciones.

Los politeísmos paganos constituían desde nuestro punto de vista, religiones auténticas que el judeocristianismo, porque la comunidad política, patria o ciudad, era el centro de los cultos y se encarnaba en los dioses. El judeocristianismo es, en su esencia, más ideología y moral que religión, ya que es, ante todo, obediencia a una Ley y promesa de salvación para los individuos. El carácter “religioso” del cristianismo le ha sido concedido por su sincretismo con la religiosidad pagana. La religión, efectivamente, procede de una ortopraxia (rito conforme al espíritu de una comunidad) más que de una ortodoxia; la religión es forma e imagen (estética) –nociones que rechaza la Biblia- movilización por el rito, único capaz de crear el mito. El ateísmo y el nihilismo contemporáneos tienen su origen en la laicización de los ideales evangélicos en la sociedad. Hoy el retorno de los dioses debe entenderse como la regeneración, no de creencias arqueopaganas en divinidades “existentes” sino de valores comunitarios e históricos –que unen y guían a la comunidad popular.

50. SAGRADO

Atributo de un fenómeno o de un movimiento de conciencia cuya naturaleza posee, a la vez, el de dar un sentido poderosamente movilizador, crea un vínculo religioso y espiritual y engendra un valor tal que incite a la distancia y/o al misterio y/o a la intensidad comprendida como fulguración, como iluminación interior.

Noción esencialmente pagana –y denunciada como tal hoy día por ciertos autores judeocristianos- (B.H. Levy)- lo sagrado se diferencia de la santificación del cristianismo que sólo refleja la obediencia a una Ley maniquea. El pueblo, la guerra, la muerte, el eros, la soberanía pueden convertirse, en circunstancias precisas en portadores de sacralidad. Al igual que cada función tenía su dios en el politeísmo, igualmente en nuestra visión del mundo no dualista toda actividad humana al ser polimorfa es portadora a la vez de lo sagrado y lo profano (Ver ANTIRREDUCCIONISMO), por otra parte, es el cristianismo el que históricamente ha introducido la distinción entre sagrado y profano en las sociedades europeas. En el paganismo tradicional, la naturaleza es productora de lo sagrado y el hombre recoge esa producción; en el paganismo moderno, caracterizado por la conciencia fáustica en la que el hombre deviene demiurgo, éste como tal demiurgo pasa a ser señor de lo sagrado y no solamente su intérprete (Ver SENTIDO). Por ejemplo, el riesgo y la aventura experimentados por un pueblo que escoge el enfrentarse a un desafío constituyen elementos de esta inmanencia y de este dominio de lo sagrado. Esto es cierto para cada uno de nosotros pues lo sagrado está en nuestro interior si realmente así lo queremos.

51. SELECCIÓN

Proceso que acompaña la evolución natural y el movimiento histórico de las culturas o los fenómenos sociales, por el cual desaparecen formas a causa de la inadaptación a un medio cambiante –al término de una competición- mientras que otras formas aparecen mediante la victoria y adaptación.

En la selección natural las mutaciones más favorables con relación al medio son seleccionadas con vistas a la supervivencia de los más aptos. La selección puede o no tomar el aspecto de un combate directo entre congéneres. La selección es uno de los elementos estructurales claves de la vida biológica o cultural. La presión selectiva se ejerce también en la cultura donde las instituciones están en perpetua competición unas con otras. Una tradición es el resultado de una selección. En la sociedad, la circulación de las elites obedece al mismo proceso; en la sociedad mercantil la selección toma el aspecto de una lucha de clases ya que reducida a su dimensión económica tal y como la defiende el liberalismo, pasa a ser incompatible con el sentimiento comunitario y rompe el consenso; de aquí el rechazo actual a la selección social –rechazo que no tiene efectos prácticos pero agravan sin embargo las iniquidades- comprendida como una discriminación, algo que ha sucedido demasiadas veces. No obstante, el rechazo de todo tipo de selección es hija de una mentalidad entrópica propia de la concepción del mundo judeocristiana para la cual el combate y el conflicto –fenómenos vitales- son rechazados. En cuanto a nosotros, aceptamos la selección natural hasta el punto en el que las tradiciones adaptadas no son suprimidas e igualmente aceptamos la selección social si ésta se funda sobre la meritocracia, si obedece a principios aristocráticos, si no rompe la solidaridad comunitaria, si respeta la igualdad de oportunidades, y si no presenta como una selección de clase. Añadamos, por otra parte, que entre los pueblos se manifiesta igualmente una selección aún cuando sus resultados no son nunca decisivos. No existe el pueblo elegido.

52. SENTIDO

Mira suprema por la cual los hombres movilizan toda su existencia, el sentido no debe confundirse con los valores, este puede decirse que los organiza, los ordena, jerarquizándolos y poniéndolos en perspectiva.

Para la ética pagana el hombre es creador de sentido: en una perspectiva orgánica, la soberanía da un sentido globalizador al destino del pueblo, en el cual se inscriben los destinos individuales. En el judeocristianismo, el sentido pertenece a Dios, situado fuera del mundo quedando el hombre desposeído de él. El mundo está predeterminado a un fin del que no puede escapar, es la teleonomía. El “pecado original” en el Génesis consiste en el gesto del hombre que contra la prohibición del creador coge el fruto del árbol de la ciencia y al hacerlo se instituye como donador de sentido. La criatura accede así, a través de ese gesto desafiante al estatus de creador. Las ideologías occidentales han laicizado ese esquema: sentido-de-la-historia del marxismo, ideologías del progreso del liberalismo, etc. En la sociedad mercantil, el racionalismo económico priva al hombre y las culturas de las posibilidades de escoger un sentido para la existencia (destino): el individuo deviene heterónimo y la sociedad absurda, presa de “la implosión del sentido” (Baudrillard). El nihilismo de las ideologías surgidas del judeocristianismo proviene de aquello de lo que precisamente desposeyeron al hombre, de la creación de sentido. En la ética pagana, el no-sentido del mundo y la libertad arriesgada y aleatoria del hombre no son generadoras de angustia o de pecado como es el caso en la moral bíblica sino por el contrario, de movilización religiosa (conciencia trágica). La ciencia moderna, que reconoce el Universo como alógico y desprovisto de razón suprema, permite inaugurar una modalidad fáustica de acción humana actualizable mediante los medios y posibilidades que la técnica ponga a nuestro alcance (Ver VOLUNTAD DE PODER, MODERNIDAD).

53. SOCIEDAD MERCANTIL

Sociedad en la que las acciones y la mentalidad están gobernadas por el espíritu mercantil en el que “todo” tiene un precio pero nada tiene “valor” incluso lo que no es económico o comercial –funciones y relaciones sociales- y está considerado como una mercancía.

La sociedad mercantil –término preferible a sociedad capitalista- domina la civilización occidental trascendiendo los regímenes políticos y aún cuando tiene su origen en las doctrinas del liberalismo, se acomoda perfectamente a la gestión del Estado-Providencia no estando por ello necesariamente vinculada a la economía de mercado ni al mercantilismo económico. Dominada por el espíritu de cálculo característico del burguesismo, la sociedad mercantil reduce la diversidad de las funciones sociales y la pluralidad de las relaciones sociales al modelo economicista del cambio como si la sociedad no fuera sino un mercado y el bien común la suma de transacciones entre las preferencias interesadas de actores sociales individuales (lo que por otra parte forma el postulado básico de los “nuevos economistas” que intentan dar un segundo hálito al liberalismo).

54. SOBERANÍA

Función que encarna los valores superiores y fundadores unidos a la historia en la concepción del mundo indoeuropea.

La soberanía, en nuestra óptica, pertenece a la vez al ámbito de lo religioso y al de lo político, estando éste subordinado a aquél.

Asegura el destino del pueblo a lo largo de su existencia. Presente en una institución suprema cuyas formas pueden variar, los valores soberanos pueden encarnarse de lo alto a lo bajo de la escala social en diversas instancias (holismo) relativizando, jerarquizando y sometiendo a los otros valores, perfectamente legítimos por ese hecho (Ver ORGANICISMO y ORGÁNICO).

La soberanía no debe pues confundirse en modo alguno con un Estado central, unificador, individualizador e igualitario, por el contrario, es todo lo opuesto al estatalismo y centralismo contemporáneo que hace imposible toda autoridad soberana (Ver SOCIEDAD MERCANTIL).

Una comunidad que pretende olvidar o ignora el sentido de la soberanía está, a corto plazo, condenada a muerte.

55. TOTALITARISMO

Reducción de las normas culturales, proyectos colectivos, formas y finalidades sociales a una “totalidad” cerrada y unilateral resultante de la imposición a la sociedad de una moral y de una ideología unidimensional, fundadas sobre absolutos generalmente vinculados al igualitarismo.

Durante más de mil años, el judeocristianismo ha intentado imponer a Europa una sociedad totalitaria bajo el nombre de “Cristiandad”. Laicizado este fundó los totalitarismos modernos que intentan imponer una definición del hombre, de lo político, de lo social, en forma de verdad revelada. Podemos decir sin duda alguna que el

totalitarismo es un monoteísmo: unifica los proyectos de sociedad y las miras históricas alrededor de un valor dominante de connotación igualitaria: el economicismo de las ideologías occidentales es, por ejemplo, portador de totalitarismo. El totalitarismo es el fruto del igualitarismo ya que este último exige una homogeneización de lo social según leyes de equivalencia.

Si el comunismo marxista muestra un totalitarismo autoritario, el liberalismo y la social-democracia (social estatalismo) funcionan mediante un totalitarismo latente y “suave” (Ver ESTADO PROVIDENCIA), que no por ser menos evidente no es menos peligroso. Este último se manifiesta por la inflación reglamentaria, el paternalismo social y la previsión anónima de las burocracias: sociedad de individuos devienen heterónomos, gobernados desde el exterior por instancias cada vez más fuertes que se legitiman por un discurso libertario e hiperdemocrático, apoyados así sobre conceptos singulares –Libertad, Igualdad, etc.- que intentan imponer por la fuerza su aplicación en lo social. Encierran pues la vida en una “totalidad” cerrada en la que la economía, la cultura de masas, la enseñanza, etc., concurren en la fabricación de un hombre unidimensional. De este modo, el totalitarismo puede estar latente en una sociedad permisiva que se pretende convivencial. Todos aquellos que se rebelen contra este “totalitarismo” blando son nuestros aliados objetivos.

56. TRADICIÓN

Rasgo cultural específico de un pueblo particularmente cargado de valor y siempre conservado por selección cultural en razón de su constante adaptación y de su intemporalidad. La tradición es necesaria para una comunidad en aras de definirse y darse una conciencia histórica.

Para nosotros, la tradición es un perpetuo recurso, no se opone al futuro o a lo moderno sino que por el contrario, lo funda. Por otra parte, la modernidad forma parte de nuestras tradiciones. En nuestra visión de la historia, los proyectos y las aspiraciones de futuro son puestas en perspectiva de las tradiciones. La tradición hace referencia tanto a las actitudes mentales (visión del mundo pagana, mito imperial) como a los ritos (solsticios, navidades, etc.) que deben permanecer inmutables a fin de que la dinámica de la llamada de futuro sea equilibrada por un enraizamiento. Hoy día, las tradiciones son destruidas (desculturización, americanismo, cosmopolitismo) o neutralizadas en el folklore. Las tradiciones pueden ser regeneradas o “reinventadas” incluso tras un período de interrupción.

Uno de los mayores objetivos del paganismo es el de reactiva una tradición que no forma parte de la tradición oficial, de la enseñanza de un occidente cristiano primero y progresista después; esta libertad respecto de sus propias tradiciones está en las antípodas de una visión determinista de la historia. Podemos escoger tradiciones entre varias posibles, pues así como el futuro, el pasado también está abierto. En este sentido no somos tradicionalistas. Otra particularidad: nuestra elección de una sociedad tradicional no tiene que ver con el gusto por lo pasado. Una “sociedad tradicional” escapa al presente contemporáneo; al contrario, vuelta hacia la modernidad respeta sus tradiciones y las constituye en memoria viva. Un pueblo sin memoria es un pueblo sin alma y por lo tanto sin futuro. Sobre este punto Cicerón ha resumido la opinión de los antiguos al escribir: “el mismo espíritu que ve el futuro se acuerda del pasado”, y Nietzsche concluye con una célebre frase: “el hombre del futuro es aquel que tendrá la memoria más larga”.

57. TRÁGICO

Sentimiento característico de la concepción del mundo pagana que asume la vida como aleatoria, arriesgada, amenazada por la muerte y desprovista de otra finalidad que la que le imprime mediante combate y desafíos la voluntad humana.

El sentimiento trágico del mundo no es “pesimismo”. Lo trágico no es sólo el drama o, a la manera cristiana, la percepción de un mundo desgraciado: por el contrario, de lo trágico procede la alegría, se quiere como tal porque calca la experiencia en la vida tal como es.

En todo momento de la existencia es necesario hacer elecciones y por lo tanto sacrificios. La voluntad de poder supone en este sentido una ascesis: sacrificar un posible para obtener .aún no teniendo la certeza- otro posible mayor aún. Al reconocer que el destino de los pueblos así como el destino individual están constituidos de este modo, el sentimiento trágico impulsa a la acción y a la audacia. Es lo opuesto a las mentalidades actuales, herederas del finalismo judeocristiano en el que la vida no es, no debe ser, arriesgada y en el que reina un espíritu determinista tentado por la seguridad, la “garantía”, la preservación de una vida sin intensidad (porque espera una “salvación” y una felicidad final prometida) y la prudencia pasiva. Todo lo contrario del espíritu vital y creador de la mentalidad trágica (Ver TRABAJO), que encontramos en el mito de Fausto, se observa en el cálculo burgués y sus consecuencias las podemos observar en la psicología tecnocrática. En nuestra época de convergencia de desafíos planetarios, un renacimiento histórico europeo requiere una renovación del “activismo” trágico.

58. TRABAJO

El trabajo representa la transformación que opera el hombre sobre su medio, concebida como manifestación de la voluntad de poder y actividad privilegiada en la que lo humano se manifiesta como tal, es decir, como creador de formas, iniciador de cultura.

En la concepción bíblica del trabajo, este es desvalorizado como castigo a causa del pecado original. En el cristianismo, el trabajo es una ascesis, un instrumento de salvación, si se ama en sí mismo, como voluntad de poder, se convierte en pecado de orgullo, en un desafío a Dios. Como anatematizadores de este sentido del trabajo, el puritanismo primero y la sociedad mercantil después lo reducen a un medio de adquisición de riqueza y de bienestar. A despecho de estas ideologías y en contradicción con ellas, la cultura europea ha desarrollado una fuerza de trabajo transformadora del mundo lo que, por otra parte, le ha permitido ayer dominar y transformar el medio terrestre y mañana el cósmico. Nuestra visión del trabajo tiene valor por sí misma, primero como vínculo comunitario del pueblo y segundo como materialización de proyectos históricos de acción sobre el mundo. La esencia del trabajo no es pues “económica” y el obrero no constituye su única figura. El Trabajador que se opone radicalmente al burgués como figura histórica, simboliza un tipo de hombre creador cuya personalidad se constituye por la participación en el trabajo en tanto que voluntad de poder colectiva –que da así un sentido a su existencia-. En la sociedad

contemporánea, invadida por la cultura del ocio y del no trabajo, éste está moralmente desvalorizado por el hecho de su organización individualista y mercantil y por la banalidad de sus finalidades (bienestar y provecho). Se trata pues para nosotros de volver a dar al trabajo su verdadero sentido, insistiendo sobre el hecho de que a través de su trabajo, el trabajador se transforma, se modela, se construye a sí mismo.

59. TRIPARTICIÓN

Denominación de una estructura de la sociedad en tres grandes funciones y de la concepción del mundo (o de una cosmogonía) en la cual aquella encuentra su legitimidad, propia de los pueblos indoeuropeos y en la que se individualizan una función religiosa y soberana, una guerrera y una productiva ya sea biológica o económica.

Característica de una visión inegalitaria del mundo (Ver IGUALITARISMO) que traduce una percepción holista de la sociedad (organizada como un todo jerárquico con niveles de integración diferentes, valores dominantes y valores subordinados), la tripartición ideológica atestigua la aceptación por los indoeuropeos de la división de la sociedad realizada en el momento de la revolución neolítica.

De la India a Escandinavia, de Roma a la Europa medieval, la tripartición ha funcionado siendo verdaderamente la concepción social de los pueblos indoeuropeos. Se opone al monofuncionalismo social heredado del monoteísmo judeocristiano el cual asigna a toda la sociedad la misma función. Este monoteísmo social se ha materializado en los tiempos modernos, tras la laicización contemporánea del cristianismo, en las ideologías igualitarias y mercantilistas: las funciones se sustituyen aquí por las clases socio-económicas; la pluralidad de valores sociales federado por un mismo sentido es sustituida por la unidad del valor mercantil (Ver SOCIEDAD MERCANTIL) que penetra todas las actividades y se erige en finalidad monopolista.

Inventar para el mundo moderno una nueva ideología tripartita es, por ejemplo, defender el retorno de una soberanía frente al estatismo, abogar por la subordinación de la economía a lo político o por acabar con la servidumbre del ámbito militar a las consideraciones presupuestarias a corto término; también supone el dar a la función productora su lugar legítimo: todo su lugar pero nada más que su lugar.

60. UNIVERSALISMO

Propensión filosófica característica del judeocristianismo y sus ideologías derivadas (Ver IDEOLOGÍAS OCCIDENTALES) a generalizar en la naturaleza y en el género humano, ideas o atributos particulares reales o imaginarios erigiéndolos en universales de carácter absoluto (Ver REDUCCIONISMO).

Universalizando por ejemplo los rasgos culturales occidentales o proyectos igualitarios de sociedad e incluso nociones como razón, derecho individual, etc., el universalismo, que se opone al nominalismo, traduce una voluntad totalitaria de unificar, de homogeneizar las formas de civilización. La democracia, la libido, el mercado o la lucha de clases han sido erigidos en universales. Por lo tanto, la epistemología contemporánea podemos decir que invalida el universalismo haciendo luz sobre la vanidad consistente en pretender separar naturaleza física de las leyes universales –la naturaleza es polisegmentaria– mientras que el modelo de nuestra

sociedad y de unos hábitos universalizados muestra hoy en día el conjunto de sus consecuencias negativas.

El universalismo amenaza de muerte la especificidad de los pueblos. Es un arma ideológica típicamente totalitaria.

61. VALOR

Actitud de vida o idea concretizable que en la concepción del mundo propia a una cultura o una religión cristaliza en un apego particular y simboliza significándolo, un modo de estar en el mundo.

Las ideas sólo tienen legitimidad para nosotros si se recubren de valores. La metapolítica aspira a acreditar tales “ideas portadoras de valores”. Cada concepción del mundo comprende una escala de valores jerarquizados; estimamos que los valores contrarios en apariencia pueden cohabitar a condición de que cada uno tenga su función y su rango jerárquico: esto no es posible más que en las concepciones del mundo y las culturas orgánicas. Por ejemplo, los valores de soberanía no pueden cohabitar con los valores mercantilistas del cálculo y de la ostentación social más que sometiendo estos últimos a los primeros. La sociedad mercantil y el liberalismo se caracterizan por la unidimensionalidad de los valores: los valores mercantiles producen todas las funciones sociales y esta no es más que una herencia del monoteísmo.

Con la agravación del nihilismo, podemos observar actualmente un renacimiento desordenado pero positivo de centros de valores si no pagamos si, al menos, no controlados por las ideologías dominantes y el judeocristianismo: fenómeno de “desfase” en la juventud, nuevos modos de vida dionisiacos, liberaciones sexuales. Señalemos también la persistencia de ciertos valores fuertes del psiquismo europeo en el trabajo, la técnica, la guerra, etc. nosotros no creemos pues en la “crisis de valores” denunciada por la vieja derecha: nuestra sociedad se caracteriza, contrariamente, por el nacimiento de un nubarrón anárquico de valores positivos y por la persistencia de valores paganos a los que ningún “sentido” ni proyecto realizan ni armonizan. A nosotros nos toca, en la era de osificación de los valores cristianomorfos convertidos en tabúes, formular ese proyecto, proponer a nuestro pueblo un sistema de valores que le permita encontrar un sentido y tomar conciencia de su destino.

62. VOLUNTAD DE PODER

Tendencia imperiosa al acrecentamiento de la vida y de la empresa humana sobre el mundo, cuyas raíces son a la vez biológicas y culturales, individuales y colectivas.

La voluntad de poder es la traducción humana consciente del impulso vital de las formas animales y vegetales que las lanza a contracorriente de la entropía de la materia inanimada. Energía compleja que supone para un pueblo la elección de un destino, para un linaje la transmisión de una herencia dominante, para un individuo la voluntad de dejar su impronta. Perfectamente natural, la voluntad de poder ha sido descalificada como una manifestación de orgullo por el judeocristianismo y sus sucedáneos. Hay que distinguirlo del vulgar deseo de dominio individualista de esencia mercantil o politiquera. La voluntad de poder supone ascesis, es el sacrificio del

presente para el futuro, del interés individual al de una comunidad. Mientras que las concepciones del mundo igualitarias y burguesas son vendidas como vías de acceso a la felicidad, nuestra concepción del mundo le opone la voluntad de poder como medio de movilizar los psiquismos individuales. La técnica moderna ha dado a la voluntad de poder la posibilidad de actualizarse por primera vez en la historia como forma y no tan sólo como sentido. De aquí la contradicción entre el hedonismo ideológico de nuestra civilización y esta voluntad de poder en acto que no está verdaderamente asumida y que se ve a menudo degradada en pulsión materialista (dominio a través del dinero, etc.) (Ver MODERNIDAD).

Texto digitalizado por:
Centro de Estudios Euroasiáticos(CEE)
2007